9739

ADMINISTRACION LIRICO-DRAMATICA.

ROMEO Y JULIETA

DRAMA EN CINCO ACTOS

DE

WILLIAM SHAKESPEARE

ARREGLADO EN VERSO Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

D. LUCIO VIÑAS Y DEZA Y D. FABIO SUNOLS.

MADRID
SEVILLA, 14, PRINCIPAL
1875

20

ROMEO Y JULIETA.

Recuerdo cariñoso á Enrique
S. Ulloa Ortiz de su amigo
Fabio Sunol

Digitized by the Internet Archive
in 2015

https://archive.org/details/romeoyjulietadra00shak

ROMEO Y JULIETA

DRAMA EN CINCO ACTOS

DE

WILLIAM SHAKESPEARE

ARREGLADO EN VERSO A LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

D. LUCIO VIÑAS Y DEZA Y D. FABIO SUNOLS

Representado con extraordinario éxito en el teatro del Circo
el 30 de Enero de 1875

MADRID
Imprenta á cargo de J. J. Heras
San Gregorio, 5, bajo
1875

PERSONAJES.	ACTORES.
Julieta Capuleto.	Srta. D.ª Elisa Boldun.
Su madre.	Sra. Marin.
Su nodriza.	Sra. Fenoquio.
Romeo Montesco.	Sr. Calvo (D. Rafaél).
Capuleto, padre de Julieta.	Sr. Izquierdo.
Mercucho, amigo de Romeo.	Sr. Guerra.
Benvolio, primo de Romeo.	Sr. Romero.
Tebaldo, primo de Julieta.	Sr. Calvo (D. Ricardo).
Fr. Lorenzo.	Sr. Gimenez.
El Príncipe de Verona.	Sr. Capilla.
Samson, criado de Capuleto.	Sr. Fernandez (D. A.).
Gregorio, id.	Sr. Fornoza.
Baltasar, criado de Romeo.	Sr. Calvo (D. José).
Un boticario..	Sr. Carrascosa.
Un monje..	Sr. Marcote.
Máscaras, criados, acompañamiento.	

La escena es en Verona y en Mántua.—Epoca: segunda mitad del siglo XV.

Esta obra es propiedad de sus autores y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO son exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

678218

ACTO PRIMERO.

Una plaza en Verona.

ESCENA PRIMERA.

Samson y Gregorio, saliendo.

SAMSON. Lo dicho dicho, Gregorio;
desde hoy más yo no consiento
que se nos pongan encima
esos cobardes montescos.

GREG. Harás bien, que aunque Samson
te nombres, es mucho peso,
y si sufres tanta carga
pueden llamarte jumento.

SAMSON. ¿Sufrirla yo? No en mis dias.
Al ver solamente un perro
de su casa, estoy corrido.

GREG. ¿De veras?

SAMSON. Sí.

GREG. Pues lo siento.

SAMSON. ¿Por qué?

GREG. Porque en todas partes
correr es huir del riesgo,
y si al mirarlos te *corres*
no hay duda que irás huyendo.

SAMSON. ¡Calla, imbecil! Lo que quise
decir, es que me avergüenzo;

pero que vengan, verás
cómo sé esperarlos quieto.

GREG. Esa prueba de valor
tambien la daria un muer .

SAMSON. No respetará mi furia
ni la poca edad, ni el sexo.

GREG. ¿Tampoco?

SAMSON. No: á sus mujeres
castigará mi desprecio

GREG. La querella es de los ámos.

SAMSON. Nosotros su pan comemos.

GREG. ¿Y eso qué?

SAMSON. Iguales humores
produce un mismo alimen .

GREG. Pues tu asador desenvaina,
que el criado de Romeo
llega aquí.

SAMSON. Ciérrale el pasc
mientras yo á tu espalda velo.

GREG. ¿Para escaparte?

SAMSON. No temas.

GREG. Me causan miedo tus miedos.

SAMSON. Como en lances de esta especie
la justicia es lo primero,
déjale empezar.

GREG. Ya estoy.

SAMSON. Haces cuando pase un gesto
despreciándole, y si es hombre
deberá tomarlo á pecho.

ESCENA II.

Dichos, Baltasar.

BALT. (*A Gregorio.*)
Hidalgo, ¿es por insultarme
por lo que os mordeis el dedo?

GREG. Le muerdo efectivamente.

BALT. Mas ¿lo haceis con el objeto
de ofenderme?

GREG. (*A Samson.*)
(Si le digo
que sí, ¿queda en favor nuestro
la justicia?)

SAMSON. (*A Gregorio.*)
(No.)

GREG. (*A Baltasar.*)
Pues..... nada,
es por costumbre de hacerlo.

SAMSON. (*A Baltasar.*)
¿Venís buscando camorra?

BALT. Ni la busco, ni la temo,
y advertid que sirvo á un amo
que es tan noble como el vuestro.

SAMSON. Pero no más.

BALT. Me conformo.

GREG. (*Ap. á Samson.*)
(Dile que es mejor, que veo
venir hácia aquí á un pariente
de la familia.)

SAMSON. (*A Baltasar.*)
¡Eh! mancebo,
pues sí es más noble.

BALT. ¡Mentís!

SAMSON. Sacad al punto el acero
y veámoslo. (*Ap.*) (Gregorio,
dale tu estocada á tiempo.) (*Riñen.*)

ESCENA III.

Dichos, Benvolio, despues Tebaldo.

BEN. Envainad esas espadas
y apartad.—Sois unos necios
que no sabeis lo que haceis.

TEBALDO. (*Saliendo.*)
¡Cómo! ¿Así empuñas el hierro
contra villanos sin honra,
Benvolio? Ven á mi encuentro,

y contempla cara á cara
la muerte.

BEN. Sólo pretendo
poner paz; guarda, por tanto,
la hoja, ó haz que tu esfuerzo
me ayude en la noble empresa
de separarlos.

TEBALDO. ¡No entiendo!
¿Hablas de paz con la espada
desnuda? Calla. ¡Detesto
esa palabra lo mismo
que á Satán, á los Montescos
y á tí! ¡Cobarde..... defiéndete! (*Riñen todos.*)

ESCENA IV.

Dichos, el Príncipe y acompañamiento.

PRÍNCIPE. ¡Qué miro! Rebeldes siervos,
de la paz siempre adversarios,
¿otra vez el torpe hierro
quereis en luchas civiles
ensangrentar? Deteneos.

BEN. ¡Señor!....

TEBALDO. (*Ap.*) (¡Por vida!....)

PRÍNCIPE. ¿Sois fieras
que para apagar el fuego
de la rabia que os consume,
habeis menester el suelo
teñir con sangre de hermanos?

BEN. Causa fué de este suceso
un error.....

PRÍNCIPE. Basta: ocultad
esas armas que aborrezco,
y oid la justa sentencia
con que mi enojo os advierto.
Tres veces ya de Verona
se vió turbado el sosiego
por las familias rivales
de Montesco y Capuleto,

haciendo que en sus discordias
parte tambien tome el pueblo,
para contener los ódios
que se abrigan en su pecho.
Pues bien; sabed que si un dia
volveis á incurrir de nuevo
en tal crímen, con la vida
pagareis el desacierto.
Ahora despejad la plaza,
y advertid á Capuleto
y á Montesco que en palacio
esta tarde los espero.
Id libres, mas no olvideis
que tranquilidad deseo,
y que he de ser inflexible
con quien burle mis preceptos.
(*Váse el Príncipe con su acompañamiento, y todos los demás se alejan por distintos lados, á excepcion de Benvolio, que queda solo en escena.*)

ESCENA V.

Benvolio, despues Romeo.

BEN. Aun cuando terrible amagues
de la ley con los rigores,
estos impíos furores
será imposible que apagues.
Hidrópica sed incita
su afan de discordia y muerte,
y cuanta más sangre vierte
de más sangre necesita.
Pero Romeo..... ¿qué amargas
ideas así le alteran?
(*A Romeo, que sale con aire triste y pensativo.*)
Buenos dias.

ROMEO. ¡Buenos fueran.....
con las horas ménos largas!

BEN. Algun daño sentir debes
que aumenta su duracion.

ROMEO. El no estar en posesion
del bien que hiciéralas breves.
BEN. ¿Amas?
ROMEO. Y desdenes siento.
BEN. Siempre el amor, que al nacer
brinda ternura y placer,
se cambia en cruel tormento.
ROMEO. Porque cegados sus ojos
con apasionada venda,
sólo atina con la senda
que conduce á los enojos.
¡Ay de mí!—¿Pero de qué
reyertas oí contar?
BEN. Tebaldo.....
ROMEO. Cesa de hablar,
que harto lo comprendo á fé.
¡Cuanto el ódio les tortura
á mí el amor me maltrata!
¡El amor!.... Vida que mata,
y dulcísima amargura;
humo de luces brillante,
hoguera que hiela el alma,
sueño que roba la calma,
salud que enferma al amante.
Así es, primo, mi pasion.
¿Ries?
BEN. No tal, antes lloro.
ROMEO. ¿Y por qué?
BEN. Porque deploro
que sufra tu corazon.
ROMEO. Achaque es de amor, que siente
la espina de los desvíos
hacer de los ojos rios
que rebosan llanto ardiente,
y que lejos de apagar
el fuego que el pecho inflama,
dan alimento á su llama
y la irritan sin cesar.
Pero haberte acongojado

acrecienta mi disgusto.
Adios.

BEN. Espera; no es justo
que te deje en tal estado.

ROMEO. Consuelo inútil. ¡Si ausente
de Rosalía, estoy sólo;
si no vivo..... si es el polo
que tiene fija mi mente!

BEN. Olvídala.

ROMEO. ¿Puedo acaso?
Dime cómo.

BEN. Los favores
gozando de otros amores
que encontrarás á tu paso

ROMEO. ¡Imposible! La hermosura
más perfecta y sobrehumana,
es para mí sombra vana
de su gentil galanura;
negra máscara que aumenta
las perfecciones que esconde;
espejo mentido, en donde
su beldad se representa.
Si á otra llego á contemplar,
de ella toma sus encantos;
dí, Benvolio, y siendo tantos,
¿cómo la podré olvidar?

BEN. Prueba.

ROMEO. No, que mi tormento
se hará más duro y punzante
recordando á cada instante
aquel divino portento,
pues el martirio mayor
del ciego que vió, consiste
en saber que el sol existe,
y no gozar su esplendor.

ESCENA VI.

Dichos, Mercucho, con dominó.

MER. ¡Encuentro feliz!

BEN. Temprano
anda en busca de placeres
el buen Mercucho.

MER. ¡Qué quieres!
sólo por eso me afano.

BEN. ¿Y dónde vas?

MER. A la casa
de Capuleto.—Os invito.

BEN. ¿Oyes, Romeo? Yo admito:
en Carnaval todo pasa.

ROMEO. Nunca.

MER. Tras de la careta
no hay ódios. La humanidad,
al perder la seriedad,
¡oh pasmo! se hace discreta.

ROMEO. A mí el placer me entristece.

MER. ¡Error! Con los buenos vinos
y los semblantes divinos,
la pena desaparece;
y allí te dará alegría
la hermosura soberana
de Elena, de Livia, de Ana
y de la infiel Rosalía.

ROMEO. ¡Oh!

BEN. Ya ves, tambien tu bella.
Si te quieres arriesgar,
juro hacerte confesar
que valen todas más que ella.

ROMEO. Si llego á causarla enojos
con propósito tan ciego,
truéquese mi llanto en fuego
y ardan por falsos mis ojos.
¿Que la hay más bella? ¡Ilusion!
Desde el Oriente al Ocaso
no alumbra el sol á su paso
otra igual en perfeccion!

MER. ¿Qué escucho?

BEN. ¡El pobre delira!
Ven, y verás tus errores.

ROMEO. Voy, sí, á gozar los fulgores
de la deidad que me inspira.—
Mas hay datos que me advierten
el riesgo.

MER. ¿Cuáles?

ROMEO. Un sueño
que tuve.

MER. ¡Gentil empeño!
¿Cuándo los sueños no mienten?

ROMEO. Este que me ha impresionado
parece una profecía.

MER. ¡Romeo del alma mia,
el hada Mab te ha tocado!

BEN. ¿El hada Mab....?

MER. ¡Hechicera
del tamaño de un piñon,
ella excita la pasion
en la más grave mollera.
Media avellana por coche
y un mosquito por lacayo,
de la luna al dulce rayo
galopa toda la noche,
y atenta á los devaneos
con que cada hombre delira,
esos ensueños inspira
que halagan á los deseos.
Ora al hombre de negocios
hace ver nuevas empresas,
al ambicioso promesas,
á los holgazanes ócios;
á la que ya toca en dama,
y aún es doncella, marido,
placeres al aburrido
y recompensas al que ama.
Sus maliciosas visiones
dan lugar á la zozobra
de las que.....

ROMEO. Mercucho, sobra
de inútiles digresiones.

MER. Es verdad; la fantasía
me arrastra del juicio en mengua.

BEN. No, quien te arrastra es la lengua.
Vamos, que es tarde á fé mia.

ROMEO. ¿Tarde?.... Muy temprano acaso,
pues el corazon me advierte
prematura y triste muerte
al arriesgar este paso.
Creo que en ese festin
á que me arrastra el destino,
ha de abrírseme el camino
que ponga á mis males fin;
pero dejémosle hacer
al que de la vida es dueño,
y pues teneis tal empeño,
vamos.

MER. ¡Que viva el placer! (*Vánse.*)

MUTACION.

Salon en casa de Capuleto: por el fondo se ven otras habitaciones y galerías iluminadas para el baile, por las cuales circulan criados y más tarde máscaras.

ESCENA VII.

La Madre, la Nodriza, luego Julieta.

MADRE. Nodriza, ¿qué es de Julieta,
que no consigo encontrarla?
díle que venga.

NODRIZA. Señora,
ya se lo he dicho, y me extraña
su retraso. (*Llamando por una puerta lateral.*)
¡Niña mia!
¿Dónde estará esa muchacha?
¡Julieta! Ven.

JULIETA. (*Saliendo.*) ¿Quién me busca?

NODRIZA. Vuestra madre.

JULIETA. ¿Qué me mandas?

MADRE. Oye.—Déjanos, nodriza,
un momento..... Y si no aguarda,
que bien puedes escuchar
la cuestion de que se trata.

NODRIZA. Decid.

MADRE. La edad de Julieta
es ya razonable.

NODRIZA. ¡Vaya!

MADRE. Va á cumplir diez y seis años.

NODRIZA. Justamente. ¿Cuánto falta
desde hoy á San Pedro Advíncula?

MADRE. Poco más de tres semanas.

NODRIZA. Pues los cumplirá ese dia.
Lo mismo que mi Susana,
que de Dios goce. ¡Y parece
que era ayer cuando jugaba
encima de mis rodillas!
Mi pobre marido—su alma
esté en el cielo—mil veces
pasó escuchando sus gracias
las horas muertas. ¡Qué pico
tuvo siempre la rapaza,
y qué malicia! Me acuerdo
de una tarde.....

JULIETA. Por Dios, basta
de simplezas.

NODRIZA. Como gustes;
pero no ha habido en Italia
criatura que te iguale,
y si te veo casada.....

MADRE. De ello vamos á ocuparnos.
Dime, hija mia, ¿te halaga
la idea de dar tu mano
á un hombre?

JULIETA. Madre adorada,
es una idea que nunca
me ocupó.

NODRIZA. ¡Quién lo pensara!

MADRE. Pues hoy es ya conveniente

tratarlo. Muchas son damas
y madres con ménos años.
Al conde Páris le agradas.

NODRIZA. ¡Oh, qué fortuna!

MADRE. En Verona
nadie su nobleza iguala.

NODRIZA. Nadie. ¡Es todo un caballero!

MADRE ¿Qué te parece? ¿Inclinada
te hallas á amarle? Esta noche
le verás en nuestra casa.
Obsérvale, reflexiona
si las prendas que retrata
su semblante, cuyos rasgos
son el espejo del alma,
te ofrecen toda la dicha
por que el corazon se afana.

NODRIZA. ¡Ya lo creo!

MADRE. ¿Qué respondes?

JULIETA. Que haré cuanto tú me mandas,
y procuraré que sean
cumplidas tus esperanzas.

ESCENA VIII.

Dichas, Capuleto.

CAP. ¿Qué es esto? ¿Por los salones
circulan alegres máscaras,
y vosotras todavía
permaneceis apartadas
de la fiesta?

MADRE. Ya salimos
á recibirlos.

CAP. La falta
se echa de ver, y preguntan
de este retiro la causa.

MADRE. Vamos, pues, hija.

JULIETA. Hasta luego,
padre mio.

CAP. Id, que os aguardan.
(*Vánse Julieta, su Madre y la Nodriza.*)

ESCENA IX.

Capuleto, despues Máscaras.

CAP. Cuando el corazon se hiela
con la nieve de las canas,
cuando el peso de los dias
hace doblar las espaldas,
es el hombre como un lago
cuyas ondas estancadas
sólo animan los objetos
que silenciosas retratan.
(*Dirigiéndose á las máscaras que aparecen en el fondo y circulan por los salones.*)
Sed bien venidos, señores,
á honrar mi pobre morada,
hoy dichosa, pues recibe
una distincion tan alta.
Ya la música os invita
y se impacientan las damas:
¡ah, si yo pudiera daros
ejemplos y no palabras!
(*Váse hablando con varios convidados, entre cuyos grupos se confunde.*)

ESCENA X.

Romeo sale por el fondo, observando á Julieta que atraviesa con un máscara del brazo. Tebaldo le sigue á alguna distancia. Romeo viene vestido de peregrino y con la careta puesta.

ROMEO. ¡Cielos! ¿Quién es la beldad
que con su brillo radiante
ha ofuscado en un instante
del baile la claridad?
Blanca tórtola parece
que en medio de negras aves

desata sus alas suaves
y en el espacio se mece.
Cercada de noche umbría,
semeja joyel preciado
sobre el cuello colocado
de una mujer de Etiopía.
¡Belleza rica en extremo
para el hombre y para el mundo!
¡Tesoro oculto y profundo,
bien codiciado y supremo!

TEBALDO. ¿Será verdad, ó me ofusca
el ódio que alienta en mí?
Ese aire, ese aspecto..... Sí,
él debe ser. ¿Mas qué busca?

ROMEO. ¿Pudo amar mi corazon
hasta aquí? ¿Sueño ó deliro?
¿Es realidad cuanto miro?
¿Tal mujer no es ilusion?
En breve saberlo quiero. (*Dirigiéndose á Tebaldo.*)
Decidme: ¿quién es la dama
que con su apoyo proclama
la prez de aquel caballero?

TEBALDO. (*Con aspereza.*)
No lo sé.

ROMEO. ¡Oh contrariedad!....
Mas ¿qué importa, si en mi mano
está el favor soberano
de hablarla? (*Váse por donde se marchó Julieta.*)

ESCENA XI.

Tebaldo, despues Capuleto.

TEBALDO. ¡Dios de bondad!
No hay duda: es el miserable
que presumia. En su acento
le reconozco, y violento
late mi pecho implacable.
A lanzar burla sangrienta
á nuestra fiesta ha llegado,

torpemente disfrazado
para hacer mayor la afrenta;
pues bien, por el inmarchito
honor de mi sangre pura,
va á encontrar su sepultura
aquí mismo ese maldito!
¿Dónde se ha marchado, dónde?
(*Al salir en seguimiento de Romeo se encuentra con Capuleto, que le detiene.*)

CAP. ¿Qué ocurre?
TEBALDO. Tio, dejadme.
CAP. Pero explícate.
TEBALDO. Soltadme.
CAP. Antes habla.
TEBALDO. Es que se esconde
un Montesco en vuestra casa,
y sin que nadie le invite
viene á tomar su desquite.
CAP. Eso de locura pasa.
Cálmate.
TEBALDO. No; es él, Romeo.
CAP. ¡Romeo!
TEBALDO. Sí; yo le he oido
hablar, y le he conocido.
Tendrá, sin duda, el deseo
de moíarse de la fiesta;
mas juro que he de matarle.
CAP. Guárdate de importunarle,
Tebaldo, que mientras esta
casa le hospede, es sagrado.
TEBALDO. ¿Y tal dice un Capuleto?
CAP. Siendo Romeo discreto,
segun se cuenta, y honrado,
por todo el oro que encierra
Verona, no tolerara
que nadie aquí le ultrajara;
así, tu saña destierra.
TEBALDO. Es imposible, teniendo
cerca de mí á ese malvado.

Si vos le habeis tolerado,
por razon que no comprendo,
yo.....

CAP. ¿Qué harás?

TEBALDO. No sufriré.....

CAP. ¡Qué oigo! ¿Quién manda en mi casa?
¡Dios ponga á mi enojo tasa,
ó valerme no podré!
¡En un baile!.... ¿Estás demente?

TEBALDO. No hay razon que me convenza:
mirad que es una vergüenza. ...

CAP. ¡Callad, mozo impertinente!
Idos, salid.
(*Le vuelve la espalda y se aleja despacio por el fondo.*)

TEBALDO. Bien, me avengo.
Ahogaré mi rabia hoy;
pero juro por quien soy
que yo de vengarme tengo.
Mi paciencia no es muy larga,
la ocasion pronto vendrá,
y su entrada aquí tendrá
consecuencia bien amarga. (*Váse por la izquierda.*)

ESCENA XII.

Romeo, Julieta por el fondo.

ROMEO. (*Que sale sin careta y conduciendo á Julieta de la mano.*)
Si indigna mi mano toca
esta reliquia, el pecado
puede quedar perdonado
posando en ella mi boca.

JULIETA. Sois injusto; no adivino,
por mi fé, en qué la ofendísteis.
Devocion sólo sentísteis
por ella, buen peregrino;
que el estrechar de una santa

la mano, con embeleso,
es como piadoso beso
y el respeto no quebranta.

ROMEO. ¿No tiene el devoto labios
con que su fé confirmar?

JULIÉTA. Guárdelos para rezar,
que así no comete agravios.

ROMEO. Más vale, santa querida,
permitir que haga la boca
cual esta mano, que toca
la que es prenda de mi vida;
pues si no hallan compasion
mi plegaria y mi ternura,
se cambiará mi fé pura
en cruel desesperacion.

JULIETA. Aunque el santo escuche el ruego,
fuerza es que inmóvil se quede.

ROMEO. Mejor, que así apagar puede
el peregrino su fuego. (*La besa la mano con trasporte.*)

JULIETA. Mi mano lleva ¡ay de mí!
impreso un nuevo pecado.

ROMEO. ¿El que mi labio ha sellado?....
Fácil es borrarlo así. (*Vuelve á besarla.*)

JULIETA. (*Retirando la mano.*)
¡Oh! Dejadme ya.

NODRIZA. (*Dentro.*) ¡Julieta!

ESCENA XIII.

Dichos, La Nodriza, despues Benvolio.

NODRIZA. (*Saliendo.*)
Niña, tu madre te llama.

ROMEO. (*A la Nodriza.*)
¿Y quién es su madre?

NODRIZA. El ama
de esta casa, una completa
y virtuosa señora.
Para vos sólo es secreto.

ROMEO. ¡Gran Dios! ¡Una Capuleto!!

NODRIZA. ¡Qué gran caudal atesora!
Pongo al cielo por testigo.—
Yo la he criado. ¡Oh, dichoso
quien consiga ser su esposo!

ROMEO. (*Ap.*) ¡En manos de mi enemigo
puse mi felicidad!

BEN. (*Que viene por el fondo, se acerca á Romeo y le dice*):
Vamos, que ya lo mejor
hemos visto.

ROMEO. ¡Ay! lo peor
para mi tranquilidad!
Pues cumpliendo los rigores
que aquel sueño me anunciaba,
ahora que la fiesta acaba
dan principio mis dolores.
(*Vánse Benvolio y Romeo; éste se vuelve de cuando en cuando á mirar á Julieta, que le sigue con la vist hasta que desaparece por el fondo.*)

ESCENA XIV.

Julieta, La Nodriza.

JULIETA. Nodriza, ¿cuál es el nombre
de ese jóven?

NODRIZA. (*Mirando al fondo.*) ¿Quién? Á ver?....
Creo que debe de ser
hijo de Tiberio, un hombre
poderoso.....

JULIETA. No te digo
aquel.

NODRIZA. ¿Petruchio?

JULIETA. Tampoco.

NODRIZA. ¿Pues cuál?

JULIETA. Ese que hace poco
hablando estaba conmigo.

NODRIZA. No le conozco.

JULIETA. Al momento
ve y pregúntalo.
(*La Nodriza se dirige al fondo y habla con un criado.*

¡Ah! ¡Si fuera
de otra, mi tumba sirviera
para nupcial aposento
de este amor, que brota airado!

NODRIZA. (*Volviendo.*) ¡Es Romeo!

JULIETA. ¡Dulce nombre!

NODRIZA. ¡Cómo! Si es hijo del hombre
que enemigo encarnizado
de los tuyos siempre ha sido.

JULIETA. ¿De Montesco!

NODRIZA. Sí.

JULIETA. (*Ap.*) ¡Qué horrible
amor, con furia indecible,
hoy en mi pecho ha nacido!
La única pasion que arder
pudo en mi alma, la inspira
el solo hombre á quien con ira
me es forzoso aborrecer.
¡Cuán despiadado conmigo
se muestra en tal hora el cielo!
¿Habrá mayor desconsuelo
que adorar á un enemigo?

NODRIZA. ¿Qué dices?

JULIETA. Nada, es un trozo
que recito. Lo escuché
á un jóven con quien bailé,
y en repetirle me gozo.

NODRIZA. ¡Versos! Bien, buenos estamos.
¡Y tu madre que te espera!

JULIETA. (*Ap.*) ¡Domina tu pena fiera,
corazon! (*Alto.*)
Sí, ¡vamos.... vamos!

(*Se dirige hácia la derecha con la Nodriza: cae el telon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Calle en Verona: á la izquierda fachada de la casa de Capuleto con ventanas practicables y tapias de un jardin. La luna alumbra la escena.

ESCENA PRIMERA.

Romeo, despues Julieta á la ventana.

ROMEO. Inútilmente pretendo
de este lugar apartarme.
¡Y cómo hacerlo, si entiendo
que de esos muros partiendo
el alma voy á arrancarme!
¡Ríanse de mí en buen hora
mis amigos; en su vida,
con esta furia traidora,
sintieron la abrasadora
llama de tan honda herida!
Pero silencio, ¿qué miro?
¡Brilla luz en su ventana!
¡No sé á fé de qué me admiro:
es que el mundo dió su giro
y asoma ya la mañana!
¡Oh Julieta, astro luciente
cuya luz esplendorosa
se extiende por el Oriente,
álzate y huella la frente

de esa luna vergonzosa;
de esa deidad que te admira
con envidia, y palidece
porque más bella te mira!....
Mas ¡ah! ¿tu pecho suspira
y angustiado se estremece?
¡No empañes con triste llanto
la dulce luz que atesora
de tu mirada el encanto,
y de las aves el canto
dirá al mundo que es la aurora.

JULIETA. (*Que se habrá asomado poco antes á la ventana sin haber visto á Romeo.*)
¡Ay de mí!

ROMEO. ¡Cielos..... su acento!
¡Oh, vuelve á hablar, deslumbrante
arcángel, que el firmamento
cruzas, meciendo en el viento
tu cabellera radiante!

JULIETA. ¡Romeo! ¡Nombre adorado,
causa de mi mal secreto!....
¡Reniega de él, ó á tu lado
unida en lazo sagrado
perderé el de Capuleto!

ROMEO. ¡Qué aguardo! Mudo testigo,
¿no la habré de responder?

JULIETA. Es tu nombre mi enemigo;
mas él no tiene contigo
nada ¡oh Romeo! que ver.
¡Ah! ¿por qué así se apellida!
¿La rosa su olor perdiera,
ni la gracia que se anida
en su corola encendida,
porque otro nombre tuviera?
¡Reniega de él, dueño amado,
duélete de mi pasion,
y en vez de ese malhadado
nombre, querido y odiado,
te daré mi corazon!

ROMEO. (*Mostrándose.*) Acepto tu ofrecimiento
Dame tu amor, que es mi vida,
y renuncio en el momento
con solemne juramento
á mi raza aborrecida.

JULIETA. ¿Quién eres tú, que en las sombras
de la noche mi secreto
robaste? ¿Cómo te nombras?

ROMEO. Ni lo sé.

JULIETA. A fé que me asombras
pecando así de indiscreto.

ROMEO. ¡Quién soy, y cómo me llamo
ignoro, adorada santa;
pero tu oferta reclamo,
pues es tanto lo que te amo,
que ese nombre que te espanta
arrancaria implacable
como conjuro maldito,
como estigma insoportable,
aunque en este miserable
corazon se hallara escrito!

JULIETA. Apenas llega el rumor
de esas frases hasta mí,
y ya su acento de amor
me advierte quién es su autor.
¿Tú no eres Montesco, dí?
Contesta, ¿no eres Romeo?

ROMEO. Hazme saber tu deseo
y ni uno ni otro será.

JULIETA. ¡Ay, ojalá! Mas ¿por qué
en este sitio te veo?
Me hace la idea temblar
de que te llegue á encontrar
de mis parientes alguno.

ROMEO. ¿Cuándo le pudo arredrar
al amor riesgo ninguno?

JULIETA. Si descubren tu venida
te matarán.

ROMEO En tus ojos

mayor peligro se anida
para mí, que en su escondida
cólera y en sus enojos.
Si es tu mirar placentero,
no temo su ódio profundo,
ni su proceder artero.

JULIETA. Yo sí, que al valor de un mundo
tu seguridad prefiero.

ROMEO. Poseo para ocultarme
de la noche el negro manto;
pero si tú has de olvidarme,
vengan la vida á quitarme:
¡será menor mi quebranto!

JULIETA. ¿Quién te guió á mi morada,
Romeo?

ROMEO. ¿Quién? El amor,
que hasta en la mar irritada
buscaria una preciada
joya de tanto valor.

JULIETA. Si la noche no sirviera
á mi rostro de antifaz,
tu mirada percibiera
muy fácilmente la hoguera
de mi rubor en la faz,
por las frases que há un momento
se escaparon de mi boca;
pero me amas..... lo presiento,
y la alegría que siento
mis escrúpulos sofoca!
¿Imaginas, por ventura,
que en extremo fuí ligera?
Pues te hablaré altiva y dura.....
pero no será más pura
mi pasion, ni más sincera;
que no por fácil mujer
te dijo el labio indiscreto
mi recóndito querer,
sino que la noche ver
te permitió mi secreto.

ROMEO. ¡Ah! yo juro en tu presencia
por ese astro rutilante.....
JULIETA. No jures por él; su esencia
le hace con harta frecuencia
mudar la faz inconstante,
y tu amor puede cambiar
de semejante manera.
ROMEO. ¿Pues por quién he de jurar?
JULIETA. Por nadie; ó si así probar
intentas la verdadera
llama que en tu pecho mora
como escondido tesoro,
jura por tu bienhechora
imágen, que me enamora,
y es el ídolo que adoro!
ROMEO. Si mi amor.....
JULIETA. Basta: ha brotado
con harta facilidad,
y temo verle borrado
cual rayo que, aún no formado,
se extingue en la oscuridad.
Vete ya. Acaso el naciente
capullo de nuestro amor,
madurado de repente
del estío al soplo ardiente,
será perfumada flor
al volvernos á encontrar.
Adios: cual yo sé dichoso.
ROMEO. ¡Cómo! ¿Me vas á dejar
así?
JULIETA. ¿Qué quieres?
ROMEO. Cambiar
mi fé por tu fé.
JULIETA. ¡Ambicioso
es el jóven! ¿No has logrado
la mia ya sorprender?
ROMEO. ¿Quisieras no haberla dado?
JULIETA. Quizás.
ROMEO. ¿Por qué, dueño amado?

JULIETA. ¡Por volvértela á ofrecer!
Contigo soy generosa,
y cual la mar dilatada,
es mi pasion poderosa
inagotable, impetuosa,
profunda é ilimitada!

NODRIZA. (*Dentro.*)
¡Julieta! ¡Julieta!

JULIETA. Siento
que me llaman, dueño mio.
Nodriza, voy al momento. (*Hácia adentro.*)
No olvides el juramento (*A Romeo.*)
que ha formado tu albedrío,
y adios, adios..... Mas espera
un poco; vuelvo al instante. (*Se retira.*)

ROMEO. ¡Noche feliz! ¡Ah! ¡Si fuera
tan solo un sueño, quimera
de mi desvarío amante....!

JULIETA. (*Volviendo á presentarse en la ventana.*)
una palabra, Romeo,
oye no más.

ROMEO. De mi vida
dispones.

JULIETA. Si es tu deseo
en sacrosanto himeneo
ver mi alma á la tuya unida,
haré que vaya á buscarte,
en luciendo la mañana,
persona á quien le des parte
del sitio en que he de encontrarte
para concederte ufana
mi mano.

NODRIZA. (*Dentro.*) ¡Julieta!

JULIETA. Voy.
Pero si piensas que tanto
no merezco, por quien soy,
deja extinguirse en el llanto
esta ilusion en que estoy.

ROMEO. Calla. Fálteme el consuelo,

niégueme su luz el cielo,
si algun dia.....

JULIETA. Esa esperanza
alienta mi confianza.
Mas ya la noche su velo
recoge. Adios.

ROMEO. Con enojos
vée el dia amanecer,
pues siendo mi luz tus ojos,
del sol los matices rojos
los vienen á oscurecer.

JULIETA. ¡Amarga se hace la ausencia,
aunque corta! Adios, por fin. (*Se retira.*)

ROMEO. ¡Ah! del sueño la clemencia
bañe con su dulce esencia
tus párpados de jazmin.
¡Envidio á ese feliz sueño
que ha de envolverte amoroso
con su tranquilo beleño!....
Mas corro, pues soy tu dueño,
á conseguir ser tu esposo.
(*Se dirige hácia la derecha.*)

ESCENA II.

Romeo, Fr. Lorenzo.

ROMEO. (*Deteniéndose al ver aparecer á Fr. Lorenzo por el sitio hácia donde se dirige. Durante esta escena acaba de amanecer.*)
¡Qué miro! Un bulto se acerca
por este lado. ¿Quién va?

FR. LOR. Si el oido no me engaña,
ya que en esta oscuridad
son inútiles los ojos,
tú eres Romeo.

ROMEO. (*Ap.*) (¿Me habrán
escuchado?) (*Alto.*) No os importa.

FR. LOR. ¡Oh juvenil vanidad!
Lorenzo soy, nada temas

ROMEO. ¿Vos, padre mio? ¿Y qué afan
os arrebató del lecho
tan pronto?

FR. LOR. Salgo á buscar
á los rayos de la aurora
la virtud medicinal
de ciertas plantas, que el sol
desvanece. ¿Pero cuál
es tu tristeza, hijo mio,
que así te hace madrugar?

ROMEO ¿Cuál estorba el dulce sueño
sino amor?

FR. LOR. ¡Tenga piedad
el cielo de tus locuras!
Rosalía.....

ROMEO. ¡Oh, no; jamás!
Ya ni recuerdo su nombre,
ni sus desdenes me dan
cuidados.

FR. LOR. ¿Cómo!

ROMEO. Un instante
he logrado contemplar
de la hija de Capuleto
la peregrina beldad,
y por súbita pasion
inflamadas á la par
se unieron nuestras dos almas
en un aliento vital.
Sólo falta que ese lazo
se anude al pié del altar:
¡consentid en bendecirle
y hareis mi felicidad!

FR. LOR. ¿Qué es lo que escucho? ¿Y tú amabas
á Rosalía? ¡Oh falaz
amor! Su asiento en los ojos,
no en el corazon, está.
Aún el sol no ha disipado
la niebla que ví formar
á tus suspiros por ella;

húmedas, sobre tu faz,
aún se deslizan dos lágrimas
que te arrancó su impiedad.....
¡y ya la olvidas por otra!
¡Qué constancia han de guardar
las mujeres, si los hombres
estos ejemplos les dan!

ROMEO. Vos mismo me aconsejásteis
que la olvidase.

FR. LOR. Es verdad;
mas no que por nuevo incendio
te dejases abrasar.

ROMEO. Perdonadme; os lo suplico.
La que hoy de mi voluntad
es dueño, me corresponde,
y Rosalía jamás.

FR. LOR. Porque comprendió sin duda
de tu amor la veleidad.
En fin, jóven inconstante,
consuélate, que ayudar
quiero tu nuevo capricho
con una mira especial;
pues quizá ese matrimonio
haga por siempre cesar
de Capuleto y Montesco
la eterna rivalidad.

ROMEO. ¡Oh dicha!

FR. LOR. Ves á buscarme
despues; pero sin afan,
ni impaciencia, que quien corre
se halla expuesto á tropezar. (*Váse Fr. Lorenzo.*)

ESCENA III.

Romeo, Mercucho, Benvòlio.

BEN. Buscábamos á Romeo
y héle aquí.

MER. ¡Calla, es verdad!
Más enjuto que un arenque

acabado de salar,
y entregado en cuerpo y alma
en agreste soledad,
al culto de aquella musa
que al Petrarca hizo cantar.
Es cierto que si se mide
con la belleza ideal
de Rosalía, fué Laura
una fregona vulgar,
que sólo tiene en su abono
los versos de su galan.
Dido una dueña gruñona,
Cleopatra una cabal
gitanilla, Helena y Hero
dos tarascas ó algo más,
Tisbe un par de buenos ojos,
y pare usted de contar.....
No valió ninguna de ellas
lo que costó bautizar.

BEN. ¿Quieres callarte?

MER. Obedezco,
y así te convencerás
de que no soy hablador.—
Bon jour, Romeo; ahí te va
ese saludo francés,
que te cuadra por demás
desde que has dado en marcharte
á la francesa.

ROMEO. En verdad
que no entiendo lo que dices.
¿A la francesa?

MER. Cabal.
Sin decir oste ni moste
á quien te acompaña.

ROMEO. ¡Ya!

MER. ¿No comprendias?

ROMEO. Perdona,
Mercucho. Negocio tal
y tan importante fué

el que me obligó á faltar,
que su impulso doblegara
á la misma urbanidad.

MER. Tienes mi perdon, si ofreces
la enmienda.

ROMEO. Ofrecida está.

MER. ¿Luego te has vuelto sociable?
Me alegro. ¿No vale más
oirte hablar como un hombre,
siendo otra vez un galan
adornado de altas prendas,
que escucharte suspirar
por amores enfadosos
como un Leandro en agraz?
Siempre contemplando el cielo
y huyendo la sociedad,
siempre ojeroso y sombrío,
siempre de aquí para allá
lanzando al aire mil quejas
como un idiota incapaz.

BEN. Basta.

ROMEO No sigas.

MER. Es lástima,
pues cerca me hallaba ya
de la parte culminante
de tu retrato ideal.

BEN. Pon un freno á tu elocuencia.

ROMEO. ¡Deja, por Dios, de pintar!

MER. ¿Os he cansado? Eso indica
lo que es el original.

ROMEO. Silencio. Ved lo que avanza
allá á lo lejos: mirad.

MER. ¡Oh, sí! ¡Una vela, una vela!—
¡Ah del barco!—Va á zarpar
y se apresta al parlamento.

ESCENA IV.

Dichos, la Nodriza.

NODRIZA. Buenos dias.

MER. Perdonad:
querreis decir buenas tardes.
NODRIZA. ¿Por qué causa?
MER. Porque ya
anuncia vuestro reló
que el ocaso va á llegar.
NODRIZA. ¡Alabado sea Cristo!
¿Qué hombre es este?
ROMEO. Es un mortal
que hizo Dios para que fuese
de sus obras el lunar.
NODRIZA. ¡Bravo, muy bien, sois discreto!—
Pero si no es libertad,
¿me direis dónde podré
al jóven Romeo hallar?
ROMEO. Sin duda; y cuando le halleis
algo más viejo será
que cuando le íbais buscando.
NODRIZA. ¡Qué gracia!
MER. ¡Espiritual!
ROMEO. En fin, yo soy el más jóven
á quien ese nombre dan,
por falta de otro peor.
NODRIZA. Decís bien.
MER. ¡Hola! ¿Qué tal?
¿Lo peor encontrais bueno?
¡Qué ingenio tan perspicaz!
NODRIZA. Pues sois Romeo, quisiera
con vos en secreto hablar.
BEN. Es una cita.
MER. No. Es una.....
tente, lengua.—Adios quedad.
Vamos, Benvolio.
ROMEO. ¿Qué ocurre?
MER. Que no se presenta mal
el dia. Hasta luego.
ROMEO. Os sigo.
MER. Adios, ninfa secular.
(*Vánse Mercucho y Benvolio.*)

ESCENA V.

Romeo, la Nodriza.

NODRIZA. ¡Gracias á Dios que se fueron!
Decidme, ese perillan
hablador é impertinente,
¿quién es?
ROMEO. Un superficial
hidalgo de poco seso,
que siempre oyéndose está,
y que puede en un minuto
más palabras pronunciar
que las que abonan sus obras
en todo un año cabal.
NODRIZA. No, pues que se guarde bien
de volverme á incomodar,
que tengo yo muchos bríos.—
¡Jesús! ese charlatan
me sacó de mis casillas,
y me olvidaba..... Escuchad.
Julieta,—pues, ya sabeis,
mi señorita,—buscar
me ha ordenado á su Romeo;
mas mi boca no dirá
el encargo que me dió,
si es que antes no me jurais
que habeis de guardar con ella
una conducta leal.
Porque es tan jóven, tan cándida,
tan inocente, que obrar
de otra manera sería
una indigna crueldad.
ROMEO. Encomiéndame á sus votos.
Yo protesto.....
NODRIZA. Bien está:
se lo diré, y es seguro
que ha de calmarse su afan.

ROMEO. Pero ¿qué vas á decirle?
NODRIZA. ¡Toma! Lo que me acabais
de exponer..... Esa protesta;
¿no basta?
ROMEO. ¿Qué ha de bastar?—
Díle que vaya esta tarde.....
NODRIZA. ¿A dónde?
ROMEO. A la celda.....
NODRIZA. ¡Ya!
ROMEO. De Fray Lorenzo .....
NODRIZA. Entendido.
ROMEO. Fingiendo que confesar
desea, y en lazo eterno
nuestras almas se unirán.
NODRIZA. ¡Será posible!
ROMEO. (*Dándole un bolsillo.*)
En albricias
toma esta bolsa.
NODRIZA. ¡Oh, jamás!
No tomaré ni una blanca.
ROMEO. Ve que lo mando.
NODRIZA. Será
fuerza entonces daros gusto,
como á señor natural.
Iremos, pues, á la celda.
ROMEO. Y tú, Nodriza, á buscar
despues á mi fiel criado,
á la plaza que hay detrás
de las tapias del convento.
El en tus manos pondrá
la escala que ha de servirme
para subir á gozar,
en siendo la noche oscura,
mi ventura celestial.
Vete ya.
NODRIZA. ¡Dios os bendiga!
Pero, oid: ¿Es de fiar,
quiero decir, es discreto
el criado?

ROMEO. No le hay más.
Es como el templado acero,
fiel.

NODRIZA. Porque dice el refran
que sólo al pecho se deben
los secretos confiar.

ROMEO. No temas; yo de él respondo
como de mí.

NODRIZA. Dispensad.
¡Oh qué dichosa va á ser
mi Julieta! Y no creais,
hay un noble, un conde Páris,
que bien quisiera escalar
su fortaleza; mas ella,
alma pura, angelical,
le tiene un ódio profundo.
Y cuando yo, por hablar,
la suelo decir que el conde
es el hombre más galan,
se pone como la cera
y suspira sin cesar.

ROMEO. ¡Hermoso dueño! No dejes
de hablarla de mí.

NODRIZA. Se hará
cual deseais, caballero.

ROMEO. Y adios, pues.

NODRIZA. Con él quedad. (*Váse.*)

ROMEO. ¡Cielos! ¿En tan breve plazo
tanta dicha? ¿No será
ilusion de los sentidos?
¿Llama imprevista, fugaz,
que en mi nublado horizonte
anuncie la tempestad?
Mas ¿qué importa? Si ella es mia
nada me puede arredrar:
¡no hay dolores que compensen
tamaña felicidad! (*Váse por la derecha.*)

MUTACION.

La celda de Fr. Lorenzo.

ESCENA VI.

Fr. Lorenzo.

¡Oh tierra, cuna y huesa de la vida
que anima á la inmortal naturaleza,
cuán grande es el poder que oculto anida
detrás de tu belleza!
No hay planta miserable,
florecilla de instinto despojada,
ni arena deleznable,
que no encierre bondad inapreciable
á la luz de la ciencia contemplada.
Mas ¡ay! que si se abusa torpemente,
de su esencia en perjuicio,
la más alta virtud se trueca en vicio,
y el más precioso bien se hace inclemente.
Esta sencilla flor guarda en su seno,
que matizó la aurora,
mortífero veneno
junto con la triaca salvadora;
pues su aroma aspirando,
los sentidos recrea, deleitando
con la esencia que fluye;
pero al labio sus jugos aplicando,
de la existencia el manantial destruye.
Así en el hombre habitan
el bien y el mal, la gracia y el sentido,
y aquel á quien sus gustos precipitan,
pronto cae abatido
por las mismas pasiones que lo incitan,
cual tronco de gusanos carcomido.

ESCENA VII.

Fr. Lorenzo, Romeo.

ROMEO. ¡Salud, buen padre!

FR. LOR. ¡Ah, Romeo!
¿eres tú?

ROMEO. Acudo al reclamo
de la tórtola á quien amo,
en alas de mi deseo.

FR. LOR. ¡Quiera el cielo á este himeneo
dulcemente sonreir,
borrando del porvenir
todas las nubes sombrías,
que pueden tus alegrías
trocar en hondo sufrir!

ROMEO. ¡Amen! ¡Mas venga el pesar,
venga el mayor desconsuelo,
si antes me permite el cielo
tanta dicha realizar.
No puedo contrarestar
la más impía amargura,
ni la más cruel tortura,
el inefable placer
que me hace sentir el ver
un instante su hermosura!

FR. LOR. ¡Insensato! ¿Qué profieres?

ROMEO. Lo que me dicta el amor.

FR. LOR. Ve que excitas el rigor
de Dios, á quien la prefieres.

ROMEO. No es delito unir dos séres
en lazo eterno y sagrado.

FR. LOR. Pero nunca han prosperado
esos trasportes violentos.

ROMEO. ¿Quién vence á los elementos
si su furia han desatado!

FR. LOR. La pólvora, al beso ardiente
del fuego, presto se inflama;
mas la pólvora y la llama
mueren instantáneamente.

ROMEO. Colmad mi voto ferviente,
padre, y despues venga impía
la muerte, que la alegría
siempre turbó del amor;

¿qué me importa su furor
si logro llamarla mia?

FR. LOR. ¡Oh ciega y loca impaciencia!
La miel más dulce y sabrosa
cansa, y se hace empalagosa,
gustándola sin prudencia.
Amaos con continencia,
que así el amor vive más;
pues suele quedarse atrás
quien más de prisa camina,
y aquél que su afan domina
llega más pronto quizás.
Mas ahí viene.

ROMEO. ¡Gran Dios..... ella!
Aérea, sutil como el viento,
parece que el pavimento
ni áun roza su linda huella.

FR. LOR. Es que una amante doncella
puede sin temeridad
marchar con facilidad,
codiciosa de su amor,
sobre el cáliz de una flor:
¡tan leve es la vanidad!

ESCENA VIII.

Dichos, Julieta, La Nodriza.

NODRIZA. ¡Ya llegamos!

JULIETA. Guarde Dios
vuestra vida, padre amado.

FR. LOR. Dejo á Romeo el cuidado
de contestar por los dos.

JULIETA. ¿No quereis hacerlo vos?

FR. LOR. Que te ha de ser, me parece,
más grato en él.

JULIETA. Pues empiece,
que yo sabré replicarle
por ambos, y premio darle
si creeis que le merece.

ROMEO. ¡Ah Julieta! Si tu amor
se ha de medir por el mio,
y alcanza tu poderío
á realzar su valor,
tu acento embalsamador
perfume el aire inconstante,
y la música brillante
de tu voz angelical,
describa el bien celestial
de este suspirado instante.

JULIETA. El corazon en que anida
sentimiento poderoso,
le manifiesta orgulloso,
mas de adornarle no cuida.
No será rico quien mida
la extension de su riqueza;
yo sí, porque mi terneza
tanto ha podido aumentar,
que ni áun me es dado pintar
la mitad de su grandeza.

FR. LOR Venid, y de esa pasion
hagamos en breve plazo,
eterno y bendito lazo
que purifique su accion.

NODRIZA. ¡Tenga el cielo compasion
de esta juvenil locura!

JULIETA. ¿Pesares tu voz augura?

ROMEO. ¡No temas: ya hasta en la muerte
nos dará al ménos la suerte
una misma sepultura!
(*Todos se dirigen hácia la puerta de la celda: cae el telon.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma plaza del acto prime .

ESCENA PRIMERA.

Benvolio, Mercucho.

BEN. Retirémonos; el dia
caloroso está en extremo,
y sin saber por qué, temo
se turbe nuestra alegría.
Mercucho, vamos te digo:
evitar una quimera
empresa imposible fuera
en hallando á un enemigo,
que el ardor canicular
la sangre enloquece presto,
y por un fútil pretexto
la hace al cerebro saltar.

MER. Me estás pareciendo, á fé,
uno de esos camaradas,
que con maneras pausadas
y un extraño no sé qué,
dicen, cuando en la taberna
entran, poniendo el acero
sobre el manchado tablero
de una mesa sempiterna:
«Salud, y que Dios me guarde

»de necesitar su ayuda;»—
y cuando el vinillo muda
sus intenciones más tarde,
la esgrimen con furia loca
contra el mozo arremetiendo,
y arman el mayor estruendo
sólo por una bicoca.

BEN. ¿Y soy uno de esos yo....?
Mil gracias por la semblanza;
mas no encuentro semejanza.

MER. ¿Con que no la encuentras?

BEN. No.

MER. ¡Qué!.... Si tú eres muy prudente,
y no hay en la Italia entera
quien enzarce una quimera
antes que tú.

BEN. Estás demente.

MER. ¡Cáspita! Pues si abrigara
otro como tú Verona,
ni de él, ni de tu persona,
presto ni áun rastro quedara.—
Tú, que con uno te bates
porque es blanco, y tú moreno;
y con otro, de ira lleno,
porque es moreno combates.
Tú, que á un hombre apalear
hiciste porque tosia,
y á tu perro que dormia
se permitió despertar.
Tú, que á un sastre almibarado,
porque un jubon estrenara
antes que Pascua llegara,
solfeaste despiadado;
y á otro sobaste el pellejo,
dándole crüeles ratos,
porque se ató unos zapatos
nuevos, con un cordon viejo,
¿vienes á sermonearme
sobre cuestion de querellas,

y con mil palabras bellas
la prudencia á aconsejarme?

BEN. Si tan pendenciero fuese
como tú, tal vez ahora
no más que por media hora
de vida, mi vida diese.

MER. ¡Eres un hombre legal!

BEN. ¡Por mi cabeza jurara
que ahí están! (*Viendo á Tebaldo.*)

MER. Y yo apostara
mis calzas, que me es igual.

ESCENA II.

Dichos, Tebaldo, luego Romeo.

TEBALDO. Señores, á uno de vos
hablar quisiera en secreto.

MER. ¿A uno solo?.... ¡Sois discreto!
¿Por qué no hacerlo á los dos?

TEBALDO. Si teneis capricho, á fé
que por mí ninguno espera.—
Dadme ocasion.

MER. ¡Bueno fuera!
Tomadla sin que os la dé.

TEBALDO. Vos, Mercucho, en armonía
estais con Romeo.

MER. Y tanto,
que quiero ajustar mi canto
al compás de su hidalguía.

BEN. ¡El corazon me anunciaba
este fatal compromiso!—
Vamos de aquí.

TEBALDO. (*Mirando á la derecha.*)
No es preciso,
que ya llega á quien buscaba.
(*A Romeo, que sale por la derecha.*)
Romeo, sufre que te ame
con pasion tan singular,

que la tenga que expresar
apellidándote ¡infame!

ROMEO. ¡Tebaldo!!. .. Motivo oculto
te hace sagrado á mis ojos,
y modera los enojos
que me produce tu insulto.
Adios, pues; ni infame soy,
ni al decirlo tú lo piensas.

TEBALDO ¡Necio, irritas mis ofensas
con tus desagravios de hoy!
Desenvaina.

ROMEO. Yo declaro
que no te ofendí jamás,
y, por causas que sabrás
con el tiempo, me eres caro.
Tu nombre, que odió mi pecho,
ahora mi ventura labra;
¿no bastará esta palabra
á dejarte satisfecho?

MER. ¡Oh cobarde humillacion,
que enciende en rubor mi frente....!
(*A Tebaldo.*)
En guardia, señor valiente;
aquí teneis la ocasion. (*Desenvaina la espada.*)

TEBALDO. ¿Qué deseais?

MER. Vuestra vida.

TEBALDO. Que vengais por ella espero.

ROMEO. ¡Mercucho, envaina el acero!

MER. Despues que su aliento mida.
(*Riñen Mercucho y Tebaldo: Romeo procura separarlos.*)

ROMEO. ¡Benvolio, acude!..... La gente
ya del caso se apercibe.
Mirad que la ley prohibe
los duelos.—Mercucho, tente.
(*Al interponerse Romeo, Tebaldo hiere á Mercucho; éste cae y Tebaldo huye.*)

MER. (*Cayendo.*) ¡Muerto soy!

ROMEO. ¿Estás herido?

MER. Y bien..... Esto se acabó.....
¿Qué fué de Tebaldo?

BEN. Huyó.

MER. ¡Y va sin su merecido!

ROMEO. ¡Valor, valor!. .. Un rasguño
tienes no más.

MER. Ya sospecho.....
No es tan grande, que en el pecho
se pueda meterme un puño.—
Vamos, Benvolio.. .. Las cuitas
de vuestros ódios insanos.....
me entregan á los gusanos:
vamos .... ¡Quimeras malditas!

(*Váse Mercucho sostenido por Benvolio y arrastrándose trabajosamente.*)

ROMEO. ¡Muere por haber querido
salvar mi reputacion,
y yo devoro el baldon
que Tebaldo me ha inferido!
Tebaldo..... en quien ya no puedo
vengar mi honor..... ¡Suerte dura!
¡Oh Julieta, tu hermosura
me ha hecho conocer el miedo!

BEN. (*Volviendo precipitadamente.*)
¡Desgracia horrible! La impía
muerte cortó su carrera:
¡ya es un cadáver el que era
todo vigor y alegría!

ROMEO. La negra fatalidad
que preside á este momento,
con su envenenado aliento
seca mi felicidad.
Hoy se inaugura el dolor,
cuando la dicha esperaba....!
¡ay, quién verá dónde acaba!

BEN ¡Tebaldo vuelve!

ROMEO. ¡Oh furor!
¡Muerto Mercucho, y triunfante
su asesino en mi presencia....?

¡Sin duda la Providencia
me le coloca delante!
¡Huye al cielo, mansedumbre
que burlaste mi esperanza,
y tú, sed de la venganza,
abrásame con tu lumbre!
(*Tira de la espada y se dirige á Tebaldo, que vuelve por donde salió*)
¡La injuria que antes sufrí
ahora te arrojo á la frente,
que hay una sangre inocente
clamando á Dios contra tí!

TEBALDO. Si es que de tu compañero
envidias la muerte honrosa,
pronto á su lado á la fosa
irás

ROMEO. ¡Decida el acero! (*Riñen y á poco cae Tebaldo.*)

TEBALDO. ¡Ah!!

BEN. ¡Muerto tambien! Y el bando
del Príncipe es terminante.....
Huye...,. Ocúltate al instante.....

ROMEO. ¡Suerte enemiga....! ¡Hasta cuándo!!
¿Por qué me hiciste soñar
tan célicas alegrías,
¡ay! si cruel prevenias
este horrible despertar? (*Váse Romeo.*)

ESCENA III.

Benvolio, despues el Príncipe y acompañamiento.

BEN. ¿Qué sirve contra el destino
toda la humana prudencia,
si al fin el hombre es juguete
del rigor de las estrellas?
¡Desventurado Romeo,
por las pasiones agenas
arrastrado á tu pesar,
te aguarda impía sentencia!
(*Salen el Príncipe y acompañamiento.*)

PRÍNCIPE. ¿Otra vez arde Verona
en fratricidas querellas?
¿Otra vez corre la sangre
en vergonzosas contiendas?
¿Quién dió márgen al tumulto?
BEN. Señor.....
PRÍNCIPE. La verdad entera
quiero conocer.
BEN. Tebaldo,
que yace tendido en tierra,
hirió á tu deudo Mercucho.
PRÍNCIPE. ¿Y por qué?
BEN. Porque en defensa
de Romeo, generoso
esgrimió la noble diestra.
Viéndolo, el jóven Montesco,
quiso vengar.....
PRINCIPE. No toleran
las leyes esas venganzas.
BEN. Advierte que las ofensas
eran tuyas.
PRINCIPE. Nunca un crímen
otros crímenes remedia.
Tiempo es ya de que se acaben
estas rencillas funestas,
que hacen de nuestra ciudad
una guarida de fieras,
y que sólo la justicia
castigue al que lo merezca.
Por esta vez, al destierro
quiero limitar la pena
de Romeo. Salga al punto;
pues si la aurora le encuentra
en Verona, la segur
hará rodar su cabeza.—
Enterrad esos cadáveres,
y haced que cumplidas sean
mis órdenes, que el perdon
de un criminal avergüenza.
(*Vánse todos, habiendo retirado antes á Tebaldo.*)

MUTACION.

La celda de Fr. Lorenzo.

ESCENA IV.

Romeo solo.

Hasta el reo infeliz, que cuenta ansioso
los momentos que restan de su vida,
conserva una ilusion, que le convida
á templar su martirio doloroso.
Yo, más culpable, aguardo temeroso
la clemencia del reo apetecida,
porque la sangre, á mi pesar vertida,
me debe hacer á mi Julieta odioso.
Y sujeta á destino tan terrible,
mi vida sólo ofrece en lontananza
un tormento crüel, fiero, indecible,
donde remedio mi dolor no alcanza.....
¡que esperar su perdon es imposible,
y no es vivir, vivir sin esperanza!

ESCENA V.

Romeo, Fr. Lorenzo.

FR. LOR. Ven, Romeo infeliz, ven; la amargura
te consagra su amor, y desposado
te encuentras á la misma desventura.
ROMEO. ¡Oh padre! ¿Qué noticia habeis logrado?
¡Decidme qué sentencia ha recaido
sobre el fatal suceso, que aún me irrita;
decid de qué dolor desconocido
debo esperar la fúnebre visita!
FR. LOR. Oye, y no te dominen los pesares,
que estos tristes vaivenes de la suerte
le deben ser al hombre familiares.
La sentencia del Príncipe.....

ROMEO. ¿Es la muerte?
FR. LOR. No; faltando á su acuerdo rigoroso,
al destierro tan solo te condena.
ROMEO. ¿Al destierro decís? ¡Sed generoso!
¡La muerte es para mí más dulce pena!
FR. LOR. ¡Insensato! ¿Y por qué? Grande es el mundo.
ROMEO. Pero fuera de aquí no ven mis ojos
sino angustia cruel, dolor profundo,
y tinieblas que aumentan mis enojos.
Desterrarme es privarme de la vida
y aumentar con la burla mis agravios:
¡es clavarme en el pecho arma homicida
llevando la sonrisa entre los labios!
FR. LOR. ¡Oh ciega ingratitud! ¿Será posible
que así olvides la voz de la prudencia?
ROMEO. ¡Padre mio, no hay nada más terrible
que un martirio con nombre de clemencia!
Donde Julieta vive, allí está el cielo,
la ventura, la dicha y los placeres;
que su mirada vivifica el suelo,
y alientan con su luz todos los séres.
Y este bien, que concede la fortuna
á los capullos que en su sien coloca,
al aura caprichosa é importuna
que besa los corales de su boca;
al ruin insecto, que embriagado aspira
de su aliento el perfume delicioso,
este supremo bien que al alma inspira,
¡me le roban á mí..... que soy su esposo!
¡Desterrado! ¿Y podeis llamar clemencia
á lo que causa roedor eterno?
¿Pues no veis que esa bárbara sentencia
es aún más que la muerte, es el infierno!
FR. LOR. ¡Loco! escucha un instante.
ROMEO. Los horrores
no repitais de esa palabra impía.
FR. LOR. Procura que mitigue tus dolores
la dulce, la inmortal filosofía.
ROMEO. ¡Atrás! Cuando esa ciencia presuntuosa

logre anular el fallo que maldigo,
crear con sus consuelos otra esposa,
conseguir que mi hogar vaya conmigo,
podrá prevalecer, hoy me tortura.

FR. LOR. Así te miras del pesar despojos.
¿Por qué no tiene oidos la locura?

ROMEO. ¿Y por qué no tendrá la razon ojos?

FR. LOR. Reflexiona cual yo.

ROMEO. Me es imposible.
Vos no podeis hablar de un sentimiento,
que vuestro corazon mira insensible
sin comprender mi bárbaro tormento.
Si fuéseis jóven; si á Julieta amando,
como se adora á Dios, la viéseis vuestra;
si á un deudo suyo, con razon obrando,
herido hubiéseis con impía diestra;
si ciego de pasion, loco de amores,
en vez del ideal que el alma abona,
recibiéseis por premio los rigores
del fallo que me aleja de Verona,
entonces hablaríais con enojo,
y maldiciendo vuestra suerte dura
al suelo os lanzaríais, cual me arrojo
para medir en él mi sepultura!
(*Se arroia desesperado al suelo; llaman á la puerta.*)

FR. LOR. ¡Ocúltate.

ROMEO. ¡Jamás. Así ha de verme,
si los suspiros, de mi mal remedio,
con su vapor no logran esconderme
en una nube de tristeza y tédio!
(*Vuelven á llamar.*)

FR. LOR. ¿Oyes? Siguen llamando. Un solo instante
sepárate de aquí.—¡Dios soberano!
¿qué hacer para quitarle de delante?
(*Llaman de nuevo.*)
Allá voy.—¿Qué quereis? ¿Quién sois, hermano?

NODRIZA. (*Dentro.*) Abrid, buen padre, abrid. De mi señora
traigo un mensaje para vos.

FR. LOR. La vida

me devuelve esa voz consoladora.
Entrad y sed cual siempre bienvenida.
(*Abre la puerta.*)

ESCENA VI.

Dichos, la Nodriza.

NODRIZA. Padre mio, ¿sabeis en dónde se halla
de mi Julieta el dueño idolatrado?
FR. LOR. Miradle ahí; el mísero batalla
en lágrimas ardientes embriagado.
NODRIZA. ¡Lo mismo que ella!
FR. LOR. Triste simpatía!
NODRIZA. ¡Terrible situacion, igual en todo!
Alzad, señor, y que la pena impía
vuestra razon no altere de ese modo.
Por su amor, nada más, mostraos fuerte;
en nombre de Julieta os lo rogamos.
ROMEO. (*Alzándose.*) ¡Ah, Nodriza!
NODRIZA. Señor, al fin la muerte
con todo acaba cuando no pensamos.
ROMEO. ¿Hablabas de Julieta? Dí, Nodriza,
¿qué espera de su mísero destino?
¿Es el hombre, que así la tiraniza,
á sus ojos quizá vil asesino?
¡Oh, dime dónde está, qué hace, qué dice
ella, que es el aliento de mi vida!....
Habla por compasion; ¿no me maldice
de nuestra rota union viendo la herida?
NODRIZA. ¡Ah, señor, nada dice! Gime y llora
de Romeo y Tebaldo pronunciando
los dos nombres con voz desgarradora.
ROMEO. Es que el mio ¡oh furor! la está matando.
Romeo, sí, que destruccion y luto,
como la bala que el cañon vomita,
en su pecho sembró de amor tributo,
con esta mano infiel, torpe y maldita.
¡Oh, buen padre, decid, ¿dónde se esconde

en este cuerpo ruin y doleznable
mi nombre triste y sin ventura? ¿Dónde
habita ese *Romeo* miserable?
¡Decidlo compasivo, y este acero (*Saca un puñal.*)
rasgará mis entrañas codicioso,
poniendo fin á mi destino fiero
al matar de una vez mi nombre odioso!

FR. LOR. ¡Tente! ¿Eres hombre tú, que así reniegas
del cielo, de la tierra, del instante
en que viste la luz, y así te entregas
á un acto de furor tan degradante?
Vida, nobleza, gloria, amor, talento,
juventud y vigor, dichoso alcanzas;
¿y de tanta riqueza en un momento
el próvido monton al aire lanzas?
Con Tebaldo lidiaste y le venciste,
tu cabeza pagar debió la suya,
y hasta la ley de su rigor desiste
para que puedas conservar la tuya,
¿y aún te quejas? Pues ve que mal fin tiene
quien á la suerte desdeñoso ultraja,
y con sus fallos necio no se aviene,
sin ver que él mismo su favor rebaja.

ROMEO. Siempre teneis razon; ¿mas quién refrena
de un dolor tan intenso los raudales?
¿Quién del deshecho mar la rabia enfrena
cuando se eleva en ondas colosales?
A mi ardiente furor poniendo coto,
la diestra evitareis que hiera airada;
mas no que el corazon por siempre roto
quede al fiero dolor que me anonada!

FR. LOR. Cálmate: vuelve en tí; pues que Julieta
vive y te adora fiel, siempre ventura
la existencia te briada, aunque incompleta:
negar esta verdad fuera locura.—
Ahora ve á despedirte de tu esposa;
mas parte á Mántua, antes que el Oriente
el alba pinte con matiz de rosa,
ó la ley para tí será inclemente.

De revelar vuestro secreto enlace
ya encontraremos modo, disipando
rencores de familia, cual deshace
la niebla impura el cefirillo blando,
y calmadas del príncipe las iras
volverás á Verona presuroso,
olvidando el dolor por que hoy suspiras
al mirarte tranquilo y venturoso.

ROMEO. ¡Ah, padre mio, vuestra sana ciencia
un prodigioso resultado alcanza,
salvando á mi alma de mortal demencia
y otorgando á mi amor una esperanza!

FR. LOR. Marchad, Nodriza, al punto, que Romeo
muy pronto os seguirá.

NODRIZA. Padre, se anuda
mi lengua al escucharos, y me creo
capaz de estar un mes absorta y muda.
¡Cuánto vale ser sábio!

FR. LOR. Andad delante,
y advertid á Julieta.

ROMEO. Sí, Nodriza,
dile cuánto dolor siente su amante
al causar el que fiero la esclaviza.
Dile que me perdone, y sin enojos
aguarde al que amargó su vida entera,
pues por secar el llanto de sus ojos
diera mil vidas yo, si mil tuviera!

(*Váse la Nodriza.*)

FR. LOR. No olvides tú el peligro, y al instante
huye, viendo que sólo la cordura,
en época tal vez no muy distante,
te ha de volver la paz y la ventura.
A Mántua llegarán noticias ciertas
de cuanto ocurra aquí, por mí enviadas.—

ROMEO. ¡Oh, gracias!—Si no abriese francas puertas
con dichas inefables é ignoradas
á mi alma el amor, honda amargura
sintiera al alejarme del amigo,
que un bálsamo prestó á mi desventura,
y mi anhelado bien guarda consigo.

Ella, que es mi tesoro, con vos queda.
Vigiladla cual padre receloso,
por si hay alguno que envidiarme pueda
la dicha celestial de ser su esposo;
y si de mi destino los rigores
hacen que su firmeza al fin sucumba,
aniquilad la flor de mis amores:
¡antes que sea de otro, abrid su tumba!

FR. LOR. No temas.

ROMEO. En vos marcho confiado.

FR. LOR. Aliviar tus dolores es mi anhelo.

ROMEO. Adios, padre.

FR. LOR. Romeo, adios.

(*Romeo sale, Fr. Lorenzo le acompaña hasta la puerta y desde allí, extendiendo las manos en actitud de bendecirle, dice:*)

¡El cielo
conceda proteccion al desterrado!

(*Váse por otra puerta.*)

MUTACION.

Habitacion de Julieta, con balcon practicable que da á un jardin. Puertas laterales.

ESCENA VII.

Julieta.

¡Oh noche, sacerdotisa
del amor, con negro manto
cubre tu luz vacilante
sus limpios rayos cegando,
á fin de que mi Romeo
pueda subir á mi lado,
sin que indiscretos lo observen,
ni lo comenten livianos!
Y tú, mi bien, ya que place
al destino despiadado

robarte á mi amor, ven presto
luciente cual dia claro;
y en el seno de la noche
aparecerás más blanco
que la nieve que salpica
las alas del cuervo aciago.
Noche de sombría frente,
tráeme á mi Romeo; y cuando
la muerte me le arrebate,
divide su rostro amado
en estrellas, que del cielo
la alta bóveda esmaltando,
te hagan parecer tan bella
al Universo asombrado,
que al sol no rinda tributo
mirándole triste y pálido.—
Mas héla aquí ya.

ESCENA VIII.

Julieta, la Nodriza.

JULIETA. ¿Qué nuevas
me traes? ¿A mi esposo amado
hallaste? ¿Es esa la escala
para subir á mis brazos?

NODRIZA. (*Sin contestarla, tiende en el antepecho del balcon una escala y vuelve á cerrar.*)
¡Qué dia..... qué dia! ¡El uno
muerto, el otro desterrado!

JULIETA. ¿Qué es lo que dices!

NODRIZA. ¡Miseria,
sangre, destierros y llanto!

JULIETA. ¿No me oyes?

NODRIZA. Tebaldo muerto
tan jóven..... ¡Pobre Tebaldo!

JULIETA. ¿Pero va á venir? ¿Le has visto?

NODRIZA. ¡Ah! ya todo está cambiado.
Ni hay amor, ni hay lealtad,

los hombres todos son falsos,
y..... vamos, que no se han hecho
para mi edad estos tragos! (*Se arroja en un sillon.*)

JULIETA. ¡Oh, pobre corazon mio,
desgárrate en mil pedazos!
¡Ojos, cerrad á la luz,
cual negra prision, los párpados!
¡Vil y deleznable arcilla
que forma mi sér, descanso
busca hoy mismo en esa tierra
de cuyo seno has brotado!
Mas plegue al cielo piadoso
le encuentre, cual premio amargo,
bajo una losa comun
con mi dueño idolatrado.

NODRIZA. ¡Caiga sobre él la vergüenza!

JULIETA. ¡Calla, insensata, ó te arranco
esa lengua, que en castigo
de tan fiero desacato
debiera cubrir la lepra.
El semblante de un hidalgo
como Romeo, no osara
ni áun empañar con su hálito
la vergüenza, y es su frente
trono tan limpio y preclaro,
que el emblema del honor
pudiera ser coronado
sobre ella, del mundo entero
omnímodo soberano!

NODRIZA. ¿Vas ahora á hacer el elogio
del matador de Tebaldo!

JULIETA. ¿Cómo no hacerle, Nodriza,
siendo mi esposo adorado?
Además, quiso matarle
mi primo, y pues el acaso
castigó su intento aleve,
dejando á Romeo salvo,
este líquido tributo,
que al dolor rindiera el llanto,

hoy le ofrezco á la alegría,
viendo á Romeo sin daño.—
Mas ¡ay! una frase horrible
causa al alma más estrago
que cuantas penas encierran
del negro abismo los antros.
Pesa como helada losa
en mi mente, y quiero en vano
olvidarla..... ¿Quién olvida,
«Romeo está desterrado!»
En esas breves palabras
hay un dolor más amargo,
que el que ocasionar pudiera
la muerte de cien Tebaldos.
Un dolor, cuya potencia
no tiene límite, espacio,
ni medida. Tan intenso,
tan grande y crüel, que el labio
en vano busca sonidos
para poder expresarlo!

NODRIZA. Cálmate, Julieta mia:
él va á venir.

JULIETA. ¡Y callado
lo tienes, cuando tú sabes
que su presencia es el bálsamo
de mis heridas!

NODRIZA. Salir
ha debido tras mis pasos.

JULIETA. ¿Será cierto? ¡Oh dicha inmensa!

NODRIZA. Tal vez estará salvando
las tapias.

JULIETA. ¡Crüel! ¿Y así
lo ocultabas?

NODRIZA. Siento pasos
de alguno que cauteloso
cruza el jardin.

JULIETA. Por si acaso
está mi madre despierta,
ponte cerca de su cuarto

en acecho, y si viniese
avisa al punto.

NODRIZA. Me allano,
picarilla. Adios.

JULIETA. Adios.

(*Váse la Nodriza por una de las puertas laterales. Al volverse Julieta se abre el balcon y aparece en él Romeo. Julieta corre á abrazarle, exclamando:*)
¡El!.... ¡Mi esposo idolatrado!!

ESCENA IX.

Romeo, Julieta.

ROMEO. ¡Julieta mia!

JULIETA. ¡Señor!

ROMEO. ¡Mi sola dicha, mi encanto!
¿Acojerás sin rigor
á este mísero amador
que hoy es causa de tu llanto?

JULIETA. ¡Fatal estrella preside
á nuestro dulce himeneo!

ROMEO. ¡Ay! ¿Quién los horrores mide,
ni las desgracias impide
del destino de Romeo?
Cuando para no ofenderte
diera su sangre gustoso,
quiere la enemiga suerte
que de Tebaldo la muerte
á tu vista le haga odioso.
Inútil fué la prudencia;
ante la injusta violencia
de aquel bárbaro agresor,
el agravio del honor
pudo más que la paciencia.
¿Por qué se cumplió mi anhelo?
¿Por qué tuve tal ventura?
¡Ojalá, benigno el cielo,
me hubiese dado el consuelo
de una honrosa sepultura!

JULIETA. ¡Calla, impío! ¿Así mi mal
acrecientas con la hiel
de tus palabras?

ROMEO. No tal;
pero á la angustia infernal
de esta despedida crüel,
preferiria dormir
el sueño desconocido
en que se extingue el vivir;
porque no verte, es morir
sintiendo que te he perdido!

JULIETA. ¡Ingrato! ¿De esa manera
quieres robarme la calma?
¿Pues no sabes que muriera,
hecha pedazos el alma,
si por siempre te perdiera?

ROMEO. ¡Julieta!

JULIETA. En la tempestad
que hoy suscita la fortuna
á nuestra felicidad,
viene á calmar mi ansiedad
una idea..... ¡tan solo una!
La de que allá en lontananza,
unidos eternamente,
renacerá la bonanza;
¡y esa feliz esperanza
mitiga el dolor presente!

ROMEO. Calmar con tu acento sabes
la inclemencia de mi herida.—
Mas ¡ah! los cantos süaves
de las matutinas aves,
reclaman ya mi partida.

JULIETA. ¡Tan pronto!

ROMEO. El eco armonioso
de la alondra enamorada,
saluda al sol.

JULIETA. Temeroso,
cambia tu oido engañoso
los ecos de la enramada.

Esa es voz del ruiseñor,
que con triste melodía
llama en la noche á su amor.

ROMEO. No, Julieta, es el clamor
de la alondra al nuevo dia.
Mira los bordes de grana
con que allá en el horizonte
parda nube se engalana,
anunciando la mañana;
mira del lejano monte
entre la bruma perdida
las altas cumbres surgir,
la noche va de partida,
y, ó marcho á salvar la vida,
ó permanezco á morir!

JULIETA. Ese que brilla en Oriente,
no es el fulgor matutino
del sol, es astro luciente
que apresta el cielo clemente
para alumbrar tu camino.
Espera un momento.

ROMEO. Sí;
no me arrancará de aquí
la evidencia de una tumba:
¿qué importa que yo sucumba
si tú lo quieres así?
Aquellos grises reflejos
no son la primer mirada
que el dia lanza á lo lejos,
son de la luna argentada
los vacilantes espejos.
Ni es de la alondra el cantar
ese que hemos escuchado;
¡y lo pude imaginar!....
¡Venga la muerte á triunfar
sin quitarme de tu lado!
¿Me amas?

JULIETA. ¡Romeo!.. . ¡Es el dia!
Huye, no pierdas momento.

Fué voz de la alondra impía.....
¡y hay quien dice todavía
que encuentra dulce su acento!
¡Oh, maldito el canto sea
cuyo ruido desvanece
el bien que el alma recrea!
Parte, que el dia clarea.

ROMEO. ¡Y nuestro mal oscurece! (*Sale la Nodriza.*)

ESCENA X.

Dichos, la Nodriza.

NODRIZA. Julieta.

JULIETA. Nodriza.

NODRIZA. Es hora
de cortar la despedida.
Aquí viene la señora.

JULIETA. ¡Entre, pues, la nueva aurora
para que salga mi vida!
(*Abre el balcon: Romeo se dirige á él.*)

ROMEO. ¡Adios, adios!

JULIETA. ¡Dulce amante,
no olvides que á cada instante
nuevas tuyas necesito,
si mi corazon marchito
ha de resistir triunfante.

ROMEO. Las tendrás. ¿Cuál puede ser
en la ausencia mi consuelo,
sino darte á conocer,
que, lejos de tí, mi anhelo
es sólo volverte á ver?

JULIETA. ¿Lograremos alcanzar
tal dicha?

ROMEO. ¿Por qué dudar?
Y será nuestra ventura
recordar esta amargura
que ahora nos hace penar.
(*Salta el antepecho y empieza á descender.*)

JULIETA. ¡Ay! No sé qué afan incierto

mis esperanzas derrumba!
¡Sobre ese jardin desierto
me estás pareciendo un muerto
á quien bajan á su tumba!
Los colores has perdido.

ROMEO. Y tú tambien; mas no temas,
es que el dolor nos ha herido,
y nuestra sangre han bebido
estas angustias supremas.
¡Adios! ¡Un último abrazo!

JULIETA. ¡El alma se parte en dos
al deshacer este lazo!

ROMEO. ¡Y soy yo quien te rechazo....!

NODRIZA. (*Desde la puerta.*)
¡Que llegan!

ROMEO. (*Descendiendo.*)
¡Adios!

JULIETA. ¡Adios!!

(*Julieta queda inclinada sobre el antepecho, mirando hácia donde Romeo ha desaparecido. Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

La misma habitacion de Julieta que en el anterior. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

Julieta, su Madre.

MADRE. Y bien, ¿aún quema tus ojos
árido y estéril llanto?
¿Aún lamentas, hija mia,
la pérdida de Tebaldo?
Vuelva á tu pecho la calma,
dale á tu sufrir descanso,
que si demuestra cariño
el dolor en estos casos,
es de corazones débiles
el no saber soportarlo.

JULIETA. ¡Oh, madre mia, dejad
que llore un mal tan amargo!

MADRE. Advierte que con tus lágrimas
no se remedia.

JULIETA. ¿Y acaso
puedo dejar de verterlas,
cuando se halla rebosando
mi pecho?

MADRE. Lo que te aflige,
aún más que el suceso infausto

que nos priva de un pariente,
es ver con vida al malvado.

JULIETA. ¿A cuál, señora?

MADRE. A Romeo.

JULIETA. ¡Ah! ¡Dios quiera perdonarlo
como yo en mi corazon
le perdono!.... Y sin embargo,
no existe sobre la tierra
hombre que me aflija tanto.

MADRE. Es cruel saber que vive.

JULIETA. Y que lejos de mi mano
hace imposible el alcance
de este fuego en que me abraso.
¡Ay! si á mí me reservaran
el placer de castigarlo!
¡Si al fin consintiera el cielo
que mi cariño á Tebaldo
saciase yo en la persona
de su matador villano!

MADRE. ¿Quién sabe?—Pero motivos
más alegres, á tu lado
me conducen.

JULIETA. La alegría
servirá entonces de bálsamo
á mis dolores.—Decidlos.

MADRE. Tu padre, cuyos cuidados
sólo á darte la ventura
se dirigen, quiere el llanto
enjugar en tus megillas
dentro de muy poco.

JULIETA. ¿Cuándo?

MADRE. El jueves. Ya poco falta;
y en ese dia, el hidalgo,
el valiente conde Páris,
que solicita tu mano,
en la iglesia de San Pedro
verá sus votos colmados.

JULIETA. ¡Qué decís! ¿Esa es la dicha
que me espera? ¿En ese lazo

debo encontrar el consuelo
del dolor con que batallo?
Nunca.—Yo no le conozco,
no le hablé jamás, no le amo,
y es imposible que alcance
felicidad á su lado.

MADRE. ¿Estás loca?

JULIETA. Madre mia,
rogadle por lo más santo
á mi buen padre, que olvide
ese empeño inesperado.
Para buscarme marido
es todavía temprano.....
y mejor que al conde Páris
diera á Romeo la mano.

MADRE. Decídselo vos.—El llega
á tiempo para escucharos.
Yo no puedo apadrinar
un capricho tan extraño.

ESCENA II.

Dichas, Capuleto.

CAP. El aire exhala rocío
cuando el sol cubre sus rayos;
pero tus contínuas lágrimas
por el hijo de mi hermano,
son ya tempestad deshecha
y amenazan anegarnos.
Cálmate.—Mujer, ¿le has dicho
la suerte que la preparo?

MADRE. Sí; pero ella la resiste
con empeño temerario.

CAP. Poco á poco: no comprendo
lo que escucho de tus labios.
¿Es que se niega á casarse?
¿Que resiste mis mandatos?
¿Qué es tan loca y atrevida

que lleva su orgullo insano
hasta despreciar al hombre
que ha consentido en honrarnos?

JULIETA. No es orgullo, padre mio,
lo que me mueve á rogaros
que abandoneis esa idea;
ya sé lo poco que valgo,
y os agradezco en el alma
enlace tan codiciado.
Mas ¿he de aceptar gustosa
lo que detesto y rechazo?
¿Puedo?....

CAP. Basta de objeciones.
No admito pretextos vanos,
que están siendo, hija rebelde,
de mi autoridad escarnio.
El jueves serás su esposa
por fuerza, si no de grado.

JULIETA. ¡Escuchad una palabra!

CAP. Quita.

JULIETA. ¡Señor!

CAP. ¡Dia infausto
fué para mí, el que tus ojos
por primera vez lloraron!
Yo le maldigo.

MADRE. Modera
tu colérico arrebato.

CAP. Calla, mujer. ¿Este premio
merecen nuestros halagos,
nuestro afan por su ventura?
¡Pluguiera á Dios que á evitarlo
viniera temprana muerte
en sus infantiles años!

JULIETA. ¡Padre mio!

CAP. No me dés
ese nombre sacrosanto.

MADRE ¿Estás loco?

JULIETA. ¡Perdonadme!

CAP. ¡Jamás! O le das tu mano

al hombre que te destino,
ó te alejas de mi lado.
Y aunque te vea humillada,
miserable, sin amparo,
no esperes que te proteja,
ni busques entre mis brazos
refugio, mientras no dobles
la cerviz á mis mandatos. (*Sale Fr. Lorenzo*)

ESCENA III.

Dichos, Fr. Lorenzo.

FR. LOR. ¡La paz sea en esta casa!
MADRE. Bien en invocarla haceis.
CAP. Lorenzo, entrad, y hallareis
aquí materia sin tasa
para usar vuestra elocuencia.
JULIETA. (*Ap. á Fr. Lorenzo.*) ¡Padre, todo está perdido!
FR. LOR. Sepamos, ¿qué ha sucedido?
CAP. No es posible con paciencia
referirlo.
FR. LOR. ¿Otro pesar
el Señor os ha mandado?
CAP. ¡Y terrible!
JULIETA. (*A Capuleto.*) Mi pecado
quiero al padre confesar.
Dejadme á solas con él,
y del dolor que os inquieta,
señor, os juro discreta
hacerle relato fiel.
Quizá sus santos consejos
mi decision cambiarán,
ó en ella me afirmarán
de sus luces los reflejos.
MADRE. Dice bien; déjala hacer.
Del buen padre la influencia
su insensata resistencia
tal vez consiga vencer.

Un escrúpulo inocente,
que la mujer no razona
y justa causa no abona,
suele ceder fácilmente.
Vámonos, pues.

CAP. Bien, me avengo.
¡Mas ved, niña caprichosa,
que, ó sois de Páris esposa,
ó pierdo el nombre que tengo! (*Vánse Capuleto y la madre.*)

ESCENA IV.

Julieta, Fray Lorenzo.

JULIETA. ¡Oh..... cerrad, cerrad las puertas,
y luego, mi santo amigo,
venid á llorar conmigo
por mis ilusiones muertas!
¡Ya no hay remedio, esperanza!....

FR. LOR. ¡Pobre niña! Tu quebranto,
el orígen de tu llanto,
¡ay de mí! bien se me alcanza.
Lo sé todo, y me tortura
el no encontrar un pretexto
que de ese enlace funesto
haga cesar la premura.

JULIETA. Si no podeis ofrecer
al dolor que me devora
una idea salvadora
que temple su padecer;
si en vuestra sabiduría
no hallais recurso ninguno.....
aún á mí me queda alguno. (*Saca un puñal.*)

FR. LOR. ¿Qué vas á hacer, hija mia?
Cálmate.

JULIETA. Pues que á mi mal
no hay remedio en este suelo,
pronto me dará consuelo

este acerado puñal.
Dios mi corazon unió
al de mi Romeo amado;
un voto eterno, sagrado
nuestras manos enlazó,
y antes que falte traidora
la mia á la fé jurada,
la hará caer inanimada
esta daga bienhechora!

FR. LOR. ¡Julieta!

JULIETA. Si tan terrible
creeis ya mi situacion,
que de encontrar salvacion
no haya esperanza posible;
si los años y la ciencia
no ven honroso camino
para cambiar mi destino,
endulzando mi existencia,
hablad, y al sino funesto
que me oprime, poned tasa,
¡que sed de acabar me abrasa
una vida que detesto!

FR. LOR. ¡Calla, hija mia, detente!—
Mas..... acaso existe modo
de poder salvarlo todo
con ménos inconveniente.
Si la muerte, al deshonor
de ser esposa del conde
prefieres, tal vez se esconde
en tí bastante valor
para una desesperada
y extrema idea adoptar,
que nos llegue á remediar.

JULIETA. Hablad: estoy resignada.

FR. LOR. Observa que con la muerte
será fuerza que batalles,
y que envuelta en su horror te hallas
casi exánime é inerte.

JULIETA. No temais: antes que esposa

verme del conde, saltara
de una alta torre, ó vagara
de noche en la selva umbrosa.
Si es preciso, encadenadme
al oso feroz, rugiente;
el furor de la serpiente
que desafíe ordenadme;
decid que baje al horrendo
osario, de mil rumores
poblado, y de esos fulgores
que de su seno surgiendo,
giran, sin rumbo seguro,
de acá para allá vagando,
místios cráneos alumbrando
hasta perderse en lo oscuro.
Decidme, en fin, que haga hoy
cuanto ayer me daba espanto.....
¡Por su amor, mi ánimo es tanto,
que á todo resuelta estoy!

FR. LOR. Pues bien; finge que gustosa
darás al conde la mano,
achacando á un temor vano
tu conducta caprichosa;
y luego, cuando á buscar
vayas al lecho reposo,
este líquido precioso
apura sin vacilar. (*Saca un frasquito.*)
Mas haz que nadie á tu lado
se encuentre, así que bebido
hubieres el contenido
de este cristal apreciado;
pues de pronto, cual herida
del rayo, dulce beleño
te inundará, y en un sueño
soporífero sumida,
quedarás pálida, inerte,
tu boca en lirio trocada,
fria, inmóvil la mirada,
cual imágen de la muerte!

Dos dias así estarás;
pero luego despertando
poco á poco, recobrando
tus facultades irás.
En tanto, viéndote muerta,
con tu nupcial vestidura
te llevarán á la oscura
bóveda, fria y desierta,
á donde tu fiel amante,
de nuestro ardid avisado
á tiempo por mí, á tu lado
se encontrará en tal instante.
Y huyendo á Mántua los dos,
libre de temor el alma,
podreis recobrar la calma
con el amparo de Dios.

JULIETA. ¡Oh! dadme.

FR. LOR. (*Dándola el frasquito.*)
Toma: y me ausento,
que debo á Mántua escribir,
y al desterrado advertir
de nuestro atrevido intento.

JULIETA. No os detengais.

FR. LOR. Ten valor,
y no pierdas la esperanza.

JULIETA. Lo tendré; no se me alcanza
que tema quien siente amor!

ESCENA V.

Dichos, Capuleto, la Madre, la Nodriza.

CAP. ¿Y qué? ¿La voz del deber
halló en tu pecho camino?
¿Qué resuelves?

JULIETA. (*Arrojándose á sus piés..*)
¡Perdonad
mi criminal extravío!
Ciega estuve.

NODRIZA. ¡Angel del cielo!
JULIETA. Con el corazon contrito,
os juro que en adelante
vuestros menores caprichos
sabré respetar.
CAP. Levanta.
¡Cual balsámico rocío,
esa filial obediencia
viene á calmar mi martirio!
JULIETA. ¡Padre y señor! (*Le abraza.*)
CAP. ¡Hija amada!
JULIETA. ¡Madre!
MADRE. ¡Julieta! (*Abrazándola.*)
NODRIZA. (*Á Fr. Lorenzo.*) ¡Bendito
seais! pues habeis logrado
trocar en un paraiso
la casa, que era un infierno.
FR. LOR. Contando con el auxilio
de Señor, todo es posible;
y yo que mision practico
de paz, nunca desespero
de su socorro divino.
CAP. Siempre tendré en la memoria,
Fray Lorenzo, este servicio.—
¡Ya soy feliz!
MADRE. ¡Dios os premie
tanta bondad, padre mio!
FR. LOR. Él solo merece gracias.
CAP. Corro á llevar el aviso
al novio, á dictar mis órdenes
para los preparativos
de la boda. Es necesario
que Verona sea testigo
de la dicha de mi casa.
MADRE. ¿A estas horas? ¡Qué delirio!
CAP. No importa.
FR. LOR. Ved que el placer,
más que el dolor, es nocivo.
CAP. Nada me digais. La idea

de que ha tornado al aprisco
una oveja descarriada,
es causa de regocijo
para el mismo Dios.—Venid: (*á Fr. Lorenzo.*)
estoy rejuvenecido,
y deseo acompañaros.

FR. LOR. Vamos. (*A Julieta.*)
No echeis en olvido
mis consejos.

JULIETA. Descuidad.

MADRE. Busca en el sueño tranquilo
descanso á tantas fatigas.

NODRIZA. Le encontrará: yo lo fio.

CAP. Hasta mañana.

JULIETA. Adios, padre.

CAP. ¡Qué ventura es tener hijos!
(*Vánse Capuleto, la Madre y Fr. Lorenzo.*)

ESCENA VI.

Julieta, la Nodriza.

NODRIZA. ¿Conque al fin á la prudencia
das en tus males oidos?
Bien hecho. No vale un hombre
el aire de los suspiros,
que una niña como tú
exhala por su cariño.

JULIETA. ¿Así piensas?

NODRIZA. Ya lo creo,
y siempre pensé lo mismo.

JULIETA. Pero habiéndole jurado.....

NODRIZA. Lo exigen los compromisos
en que te encuentras. Romeo
no ha de venir á impedirlo
de su destierro, y el conde
es un soberbio partido.
¿Qué se ha de hacer? No es tu culpa
que él matase á su enemigo.

JULIETA. ¿Es tu corazon quien habla?
NODRIZA. Y el alma, ó ambos malditos
sean.
JULIETA. ¡Amen!
NODRIZA. ¿Qué dijiste?
JULIETA. Nada, que me he convencido.—
Déjame. Se hace muy tarde
y descanso necesito.
NODRIZA. ¿No quieres que te desnude?
JULIETA No.
NODRIZA. Pues cuando luzca el brille
del sol, volveré á tu lado,
y hablaremos sin testigos.

(*Váse la Nodriza.*)

ESCENA VII.

Julieta.

¡Infame! ¿Así justifica
de tal perjurio la mengua?
¡Y pretende que mi lengua
reniegue de mi señor.....!
Levantado el velo hipócrita
que su bajeza cubria,
sólo me causa en el dia
desconfianza y horror.
Ven, tú, bálsamo precioso,
único alivio á mis penas....
¡Ay! ¿Por qué corre en mis venas,
al verte, hielo mortal?
¿Será que mi afan burlando,
mientes virtud que no alcanzas?
¿Qué importa? ¡A mis esperanzas
aún les queda este puñal!
Sí, la muerte es preferible
á ese enlace deshonroso,
que á mi legítimo esposo
quiere arrebatarme infiel.

Hallaré al ménos la calma
bajando á la sepultura.....
¡pues alcanzar la ventura
me es imposible sin él!
¡Valor!
(*Va á beber y se detiene.*)
—Pero si esto fuese
un veneno!.... Si quisiera
evitar de esa manera
el padre mi deshonor....!
¡Oh, corazon miserable!
¿No estás dispuesto á la muerte?
¿qué te asusta? Ya la suerte
no admite dudas..... ¡Valor!
(*Bebe: momento de pausa.*)
Era cierto, sí. Me embarga
dulce sopor los sentidos.
Del corazon los latidos
van cesando de sonar.
Mi mente vaga perdida,
rotos del vivir los lazos..... (*Se reclina.*)
¡Cuán dichosa entre sus brazos
voy á ser al despertar!
Mas .... ¡si dilata su ausencia!
Si al abrir los tristes ojos
sólo mortales despojos
me rodean por do quier;
si falta de luz y aliento
me miro enterrada en vida!....
¡Aparta, idea temida,
que me haces enloquecer!
Aléjate..... ¡Me acobardas!
Los narcóticos vapores
alientan estos terrores
más crueles que el morir.
Ellos dan cuerpo á las sombras
que ofuscan mis pensamientos;
ellos fingen los lamentos
que me parece sentir!

Me ahogo. .. Estallan mis sienes..
¡Romeo, acude á salvarme!
No puedes abandonarme,
que soy tu esposa ante Dios.
Ven..... ¡antes que me consuma
en esta agonía horrible!
Dame tu mano.... ¡Imposible!
¡Tebaldo..... está entre los dos!
(*Queda aletargada en un sofá.*)

ESCENA VIII.

Julieta dormida, la Nodriza.

NODRIZA. Ya estoy aquí; ¿qué me quieres?
¡Tan tarde y no estás dormida!
¿Qué te aqueja? ¿Me llamabas?....
Hace poco juraria
haberte sentido hablar.....
Pero ¿no respondes, niña?
Julieta..... ¡Jesús, qué sueño
tan extraño! ¡Dios me asista!
¿Qué miro? ¡Sin desnudarse!.....
¡Oh! Despertarla precisa.—
Julieta..... Julieta..... Nada.
¡Qué horror!.... Su mano está fria.
¡Socorro!.... ¡Socorro!.... ¡Muerta!
¡Está muerta!.... ¡Qué desdicha!—
Señor..... señora..... acudid:
Venid pronto.

ESCENA IX.

Dichos, la Madre, luego Capuleto.

MADRE. ¿Por qué gritas?
¿Qué ocurre?
NODRIZA. ¡Qué desventura!
MADRE. ¿Qué sucede?
NODRIZA. ¡Infausto dia!
Mirad, mirad.

MADRE. ¿Qué estoy viendo!
¡Triste de mí!
NODRIZA. ¡Qué desdicha!
MADRE. ¡Ay de mí!—¡Mi único bien,
mi solo placer, mi vida!....
¡Abre los ojos, reanímate,
ó envuélveme en tu agonía!
¡Socorro!.... Pedid socorro.....
CAP. (*Entrando.*)
¿Qué ocurre? ¿Qué significan
esas voces?
MADRE. ¡Muerta, muerta!....
CAP. ¿Quién? ¿Quién?.... ¡Julieta..... mi hija!
¿Será cierto? Atrás. Dejadme
que la vea..... ¡Ah! sí; está rígida,
inerte, sin movimiento.....
no hay un hálito de vida
en sus labios. ¡Oh, la muerte
dobló, cual la escarcha fria,
antes de tiempo, la flor
más bella de la campiña!
MADRE. ¿Habrá mayor desventura!
NODRIZA. ¡Qué dia!
CAP. ¡La muerte misma;
la muerte fiera, traidora,
que te arrebata, hija mia,
para hacerme insoportable
el tormento de la vida,
mi lengua anuda, y no puedo
ni áun lamentar mi desdicha!!
(*Quedan todos abismados en dolor profundo: Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

Una calle en Mántua.

ESCENA PRIMERA.

Romeo, despues Baltasar.

Si he de creer el aviso
que dan los ensueños vanos,
debo presumir cercanos
los goces del paraiso.
Tres noches há que el horror
de la muerte en mí se anida,
y Julieta me da vida,
de sus besos al calor;
siento tanto la influencia
de la ilusion que me embarga,
que al despertar, más amarga
me parece la existencia.
¡Ay! ¿Qué celeste ventura
dará el amor poseido,
cuando un fantasma mentido
ofrece tanta dulzura? (*Sale Baltasar.*)
¿Tú aquí, Baltasar? El cielo
te ha dirigido.—¿Mi esposa
sigue triste y pesarosa?
¿Tiene mi padre consuelo?
¿Traes cartas?

BALT. Señor.....
ROMEO. Dí cuál
es de Julieta el estado,
que siendo bueno, á mi lado
no puede existir el mal.
BALT. Entonces..... (*Se detiene.*)
ROMEO. Me das temor.
BALT. Es que.....
ROMEO. ¿Tu lengua vacila!
BALT. Ella reposa tranquila
en el seno del Señor.
ROMEO. ¡Mientes!
BALT. Yo ví los despojos
de su sin par hermosura
bajar á la sepultura.
ROMEO. ¡Y aún gozan de luz mis ojos!
BALT. Por eso con diligencia
vine á daros la noticia,
creyendo que hareis justicia
á tan puntual obediencia.
ROMEO. ¿Conque es cierto? ¿No me engaña
algun sueño pavoroso?
¡Entonces, destino odioso,
yo desafio tu saña!
(*A Baltasar.*)
Ve, dispon lo necesario
para marchar al instante.
BALT. ¿Qué intentais? Vuestro semblante
anuncia algo extraordinario.
Calmaos por vuestra vida.
ROMEO. ¡Necio! Tu vista oscurece.
BALT. Pero.....
ROMEO. Calla y obedece:
iré á buscarte en seguida. (*Sale Baltasar.*)

ESCENA II.

Romeo, luego un boticario.

¡Basta ya, suerte implacable,
tus decretos no he de huir.

Venga el rayo á destruir
esta arcilla deleznable!
Julieta, hoy mismo á tu lado
dormiré en el ataud.
¡Oh mal, con qué prontitud
te acoge un desesperado!
Tengo el medio. En esa esquina
oculta su suerte avara
un químico que prepara
simples á la medicina.
Al ver su mirar sombrío,
su rostro flaco y hambriento,
su traje roto y mugriento
que no le guarda del frio,
calculé que quien quisiera
algun tósigo adquirir,
no tendria que insistir
para que él se le vendiera.
La suerte me ha colocado
en esa necesidad;
veamos, pues, si es verdad
que se halla necesitado.
¡Hola! (*Golpeando á la puerta.*)

BOT. (*Saliendo.*)
¿Quién llama tan fuerte?

ROMEO. Quien, al interés ageno,
quiere comprarte un veneno
que dé en el acto la muerte.
¿Le tienes?

BOT. De tal valer
que á larga dósis no obliga;
pero en Mántua se castiga
con la horca ese saber.

ROMEO. ¡Cómo! Y tú tan miserable
¿te asustarás de morir?
¿Qué presumes conseguir
de vida tan despreciable?
El hambre en tu faz habita,
la privacion en tus ojos,

bajo mezquinos despojos
tu persona se marchita;
ni el mundo, ni cuanto ordena,
te sacan de pordiosero,
¡necio! toma mi dinero
y búrlate de la pena.

OT. Mi pobreza es quien consiente,
pero no mi voluntad.

ROMEO. Pago tu necesidad
y te declaro inocente.

BOT. Tomad: con sólo una gota,
en agua clara bebida,
la cadena de la vida
queda en el instante rota.

ROMEO. Ahí tienes oro, metal
de condicion tan villana,
que excita en el alma humana
el gérmen de todo mal.
Más crímenes ha causado
que tu saber prohibido;
cálmate, pues, que yo he sido
quien el veneno te ha dado.
Adios: adquiere alimento
y vive.—(*Éntrase el Boticario.*)
¡Cordial precioso,
ven tú á prestarme reposo
donde mi amor tiene asiento! (*Váse.*)

MUTACION.

El teatro representa una ancha bóveda del panteon de la familia de los Capuletos, en la que parecen confluir varias galerías. A la izquierda un sepulcro en el que se halla Julieta aletargada: á la derecha el de Tebaldo. Es de noche.

ESCENA III.

Fray Lorenzo, un Monje.

FR. LOR. ¡Por fin llegásteis, hermano!
Impaciente os aguardaba.

MONJE ¿Sois vos, hermano Lorenzo?
FR. LOR. Sí, yo soy; ¿venís de Mántua,
no es verdad? Sed bienvenido.
Pero decid, ¿os dió carta
para mí el noble Romeo,
ú os encargó de palabra
que algo me dijeseis? Vamos,
hablad.
MONJE. No me dijo nada.
FR. LOR. Pues cómo, ¿no le habeis visto?
MONJE. Hermano, escuchad con calma.
FR. LOR. Es imposible.
MONJE. Al partir
para llevar vuestra carta,
fuí á buscar á un hermano
descalzo, para que á Mántua
me acompañase.
FR. LOR. ¡Imprudente!
MONJE. Al fin le hallé en una casa
visitando unos enfermos.....
FR. LOR. ¿Y bien?....
MONJE. Estaba infestada
de la peste, segun dicen.
Al salir, nuestra desgracia
quiso que varios agentes
nos sorprendieran, y vanas
fueron todas nuestras súplicas.....
FR. LOR. Concluid, hermano.
MONJE. En la casa
hasta hoy incomunicados
nos tuvieron.
FR. LOR. ¡Suerte infausta!
Mas, desdichado, decidme,
¿quién á Romeo mi carta
llevó?
MONJE. Nadie.
FR. LOR. ¿Será cierto?
MONJE. Vedla aquí. Busqué á quien dársela

para que os la devolviese;
mas tanto el contagio espanta.....

FR. LOR. ¡Terrible contrariedad,
que orígen de una desgracia
pudiera ser! ¡Os lo juro
por nuestra órden sagrada!
No era una mera atencion
lo que este pliego encerraba:
era un aviso importante
que de vida ó muerte trata.
Este accidente imprevisto
puede costar sangre, lágrimas,
eterno luto. ¡Ah, dejadme,
hermano; mi mente asalta
el temor de una desdicha,
y quiero contrarestarla. (*Váse el Monje.*)
Julieta en breve á la vida
tornará, y deshecha en lágrimas
me culpará del suceso:
poco importa si librarla
consigo, del espantoso
despertar que aquí la aguarda.
La ocultaré en mi retiro,
haciendo marchar á Mántua
al instante un mensajero
que explique cuanto aquí pasa.
Despues, ya encontraré forma
de cambiar la suerte infausta.
¡Pobre cadáver viviente,
preso en tumba solitaria;
bien mereces la ventura
por tu fortaleza de alma!
Mas siento rumor..... alguno
hácia aquí guia su planta.
¿Qué miro? juntos avanzan
dos bultos! Si me sorprenden,
todos mis planes fracasan. (*Váse por la izquierda.*)

ESCENA IV.

Romeo y Baltasar por la derecha con una antorcha encendida

ROMEO. Escucha, Baltasar; mañana mismo,
cual si cumplieras mi postrer deseo,
haz que á mi padre entreguen esa carta,
pura expresion de mi filial respeto.
Ahora, dame esa antorcha; y si algo extraño
percibes ó hasta tí llevare el eco,
permanece alejado, y mis acciones
á interrumpir no vengas indiscreto.
Así, pues, marcha, vete y no receles:
mas si impulsado de curioso celo
vuelves para expiarme, ¡ay de tí entonces,
más te valiera hundirte en el Averno!
¡Por el cielo te juro, que en pedazos
he de rajar tu miserable cuerpo,
y esta mansion, hambrienta de cadáveres,
alfombrarán tus palpitantes miembros!
¡La situacion horrible de mi alma,
mis ideas, mi espíritu frenético,
me hacen feroz como la mar rugiente,
inexorable como el tigre hambriento!

BALT. Os dejo, pues, señor, y os aseguro
no intentaré romper vuestro secreto.

ROMEO. Si lo cumples leal, prueba palpable
creeré tener de tu seguro afecto.
Toma esta bolsa: vive, y sé dichoso,
si puede alguno serlo en este suelo!
Vete; déjame solo. Adios.

BALT. (*Ap.*) Quisiera
obedecerle, mas me inspira miedo
la insensata expresion de su mirada,
y algo terrible en su intencion preveo.
Por si mi auxilio necesita, cerca
vigilaré al alcance de su acento. (*Váse*)

ESCENA V.

Romeo contemplando el sepulcro de Julieta.

¡Aborrecida sima, boca horrenda,
abismo de la muerte, cuyo seno
ávido guarda el celestial tesoro
que fué joya sin par del Universo,
devuélveme mi bien, ó á pesar tuyo
haré ceder á mi potente esfuerzo
tus marmóreas mandíbulas podridas
hasta lograr mi codiciado objeto!
—¡Cuantas veces el hombre moribundo
siente en su labio el aromado zéfiro
de fugitiva dicha, de alegría,
que á endulzar viene su último momento!
Ese rayo de luz, ese relámpago,
del postrimer suspiro mensajero,
en el ardiente infierno de mi alma
en esta hora suprema irradiar siento.
¡Relámpago le llamo, y sólo en torno
fria tiniebla y soledad advierto!....
(*Contemplando á Julieta dormida.*)
—Pero no, esposa mia; aunque la muerte
robó la miel, traidora, de tu aliento
empañar no logró de tu belleza
la limpia claridad ni sus reflejos:
todavía no pudo avasallarte,
y su estandarte lívido y tremendo
abatir no logró de tu hermosura
el rojo pabellon, que á su despecho
en tu entreabierta boca y tus mejillas
su májico color ostenta espléndido!
(*Vuélvese y repara en el sepulcro de Tebaldo.*)
Mas ¿qué miro? ¡Tebaldo! ¿Aquí reposas
en tu sudario ensangrentado envuelto!
¡Oh, perdóname, hermano, primo mio,
mejor reparacion darte no puedo
que á tu enemigo arrebatar del mundo

con esta misma diestra, que el acero
dirigió contra tí; perdona, hermano,
si antes no le esgrimí contra mi pecho!
Y tú tambien perdona, esposa mia:
mas dí por compasion, blanco lucero,
adorada Julieta, ¿por qué encanto
aún inmarchita tu hermosura veo?
Si la muerte, ese mónstruo aborrecido,
de tí se enamoró, y en el silencio,
en las tinieblas quiere conquistarte.....
yo estorbaré su criminal intento.
Espera..... espera, y pronto receloso
me tendrás á tu lado, en el desierto
palacio de la noche. Allí anhelante
velaré, cuidaré de que tu aliento
el impuro gusano no mancille.....
Allí..... allí por fin, mi lecho eterno
buscaré de reposo, libertando
la fatigada carne de mi cuerpo
del tiránico imperio de este mundo,
y de un astro ¡ay de mí! siempre funesto!
¡Ojos mios, miradla una vez sola!....
¡Dénla mis brazos el adios postrero!....
Selle mi labio el pacto miserable
que con la voraz muerte tengo hecho.

(*Saca el veneno.*)

¡Ven, cruel conductor: ven, guia inmundo!
Piloto sin timon, ánimo; el viento
y la tormenta el barco destrozaron,
lánzale con valor y noble esfuerzo
sobre los mil escollos que le cercan:
la muerte te llamó, sal á su encuentro! (*Bebe.*)

(*Breve instante de pausa.*)

¡Oh cordial de salud y de esperanza!
Ya por mis venas circular te siento
cual áspid roedor..... ¡Ah, buen anciano,
no me engañaste!.... de seguro efecto
son tus drogas..... ¡Ah, gracias!.... ¡Dulce esposa,
Julieta..... voy, espérame..... un momento....

un beso nada más..... uno tan solo.....
con él se va mi corazon..... yo muero! (*Cae.*)

ESCENA VI.

Dichos, Fr. Lorenzo, despues Baltasar.

FR. LOR. (*Por la izquierda.*)
¡Funesta situacion! ¡Horrible noche!
¡Cuántas veces mi pié, con paso incierto,
tropezó vacilante en los sepulcros!....
Pero jurara que adelantar veo
un hombre á este lugar. ¿Quién va?

BALT. (*Por la derecha, reconociendo á Fr. Lorenzo.*)
Un amigo
que os venera.

FR. LOR. Bendígante los cielos,
Baltasar. Mas ¡tú aquí! ¿Quién esa antorcha,
que en torno esparce fúnebres reflejos,
colocó en este sitio solitario?

BALT. Un amante infeliz, un caballero
á quien mirais con paternal cariño.

FR. LOR. ¡Tiemblo de adivinar!.... ¿Quién es?

BALT. Romeo.

FR. LOR. ¡Romeo aquí, gran Dios!

BALT. El mismo, padre.

FR. LOR. Y dime por piedad, ¿há mucho tiempo
que á este sitio llegó?

BALT. Sí.

FR. LOR. ¡Desdichado!

BALT. Que me alejara, con terrible acento
me ordenó, prohibiendo que expliase
lo que iba á hacer aquí.

FR. LOR. ¡Todo lo entiendo!
(*Reparando en Romeo.*)
¡Ah, Romeo infeliz! ¡Suerte implacable!
La triste situacion en que te encuentro
la ocasionó un azar, nímio en su esencia,
mas para tu pasion harto funesto!

¡Gran Dios! ¡y ella se agita! ¡Ya el narcótico
dejó de obrar su prodigioso efecto
y retorna á la vida: ¡más valiera
que fuese eterno su ficticio sueño!

ESCENA VII.

Dichos, Julieta despertando

JULIETA. (*Viendo á Fr. Lorenzo.*)
¡Ay de mí, dónde estoy? ¡Ah, padre, padre!
¿Dónde se halla mi esposo, mi Romeo?
FR. LOR. (*Ap.*) (Infeliz!
JULIETA. Yo aquí estoy, en el sepulcro
que debia salvarme del tormento:
sí, lo recuerdo bien; pero él, mi esposo
¿en dónde se ocultó que no le veo?
FR. LOR. (*Ap.*) ¿Qué hacer en tal instante? ¿Qué decirla!
JULIETA. ¿Pero, y Romeo, mi querido dueño,
cómo no está á mi lado? (*A Fr. Lorenzo.*)
FR. LOR. (*Escuchando.*)
¡Oh desventura,
ruido de pasos que se acercan siento!
JULIETA. Pero ¿y mi esposo? ¡Hablad, me estais matando!
FR. LOR. Calla, este antro terrible de los sueños,
del misterio y la muerte, sin demora
conviene abandonar.
JULIETA. ¿Qué estais diciendo?
FR. LOR, Un poder imprevisto, incontrastable,
en humo convirtió nuestro proyecto
JULIETA. ¡Ay de mí!
FR. LOR. !Vamos, vamos!
JULIETA. ¿Y mi esposo?
FR. LOR. Ya lo sabrás. Salgamos.
JULIETA. Antes quiero
adivinar su suerte.
FR. LOR. Ven.
JULIETA. En vano
fuera salir de aquí. ¿Para qué quiero

la existencia, la luz, las esperanzas?
¡Nada me ofrece el mundo sin Romeo!

FR. LOR. Pues bien; sábelo todo, ya que es fuerza.

JULIETA. Hablad.

FR. LOR. Mírale ahí.

JULIETA. ¡Dios mio, muerto!!

FR. LOR. Ahora no me interrogues: ven, salvarte
debe la oscuridad de un monasterio.

JULIETA. ¡Muerto! ¡Muerto! ¡Ay de mí!

FR. LOR. Vamos, Julieta,
es imposible demorar más tiempo
la estancia en este sitio; siento pasos
que se acercan; estar aquí no puedo.....

JULIETA. Partid vos, yo no debo abandonarle.
¡Con él se irá mi postrimer aliento!
(*Váse Lorenzo seguido de Baltasar.*)

ESCENA VIII.

Romeo, Julieta.

JULIETA. Los implacables hados lo han querido,
y es inútil luchar. ¿Qué me detengo?
Reuna nuestras almas para siempre
la pasion que destruye nuestros cuerpos.
—¿Qué miro? Este cristal guardaba avaro
el tósigo fatal que puso término
prematuro á su vida..... ¡Y ni una gota
me ha reservado á mí para consuelo!
No importa; entre sus labios todavía
debe quedar la esencia del veneno;
yo sabré en ellos encontrar la muerte
al calor amoroso de mis besos.
(*Se arrodilla junto á Romeo y le levanta la cabeza.*)
¡Gran Dios!.... ¿Estoy soñando?.... No: respira.....
Le oigo alentar: de su agitado pecho
aún duran los latidos desiguales ....
¡Esposo mio!.... Vive, sí..... ¡Romeo!

ROMEO. (*Reanimándose un poco y lentamente.*)
¿Qué voz?....

JULIETA. La de Julieta, de tu amada,
á quien unido estás.
ROMEO. ¡Entre los muertos!
JULIETA. No, en el mundo, en la vida, eternamente!
Mírame.
ROMEO. ¡Es imposible!.... Hace un momento
yo te ví en el sepulcro, fria, yerta.....
JULIETA. Fué un engaño tan solo: Fray Lorenzo,
para estorbar mi enlace con el conde,
ideó ese recurso.
ROMEO. (*Procurando incorporarse.*)
¡Será cierto!
JULIETA. ¿Cómo puedes dudarlo? ¿No me escuchas?
¿No me ves? ¿No te apoyas en mi seno?
ROMEO. ¿Y vives?.... ¿Y me adoras?
JULIETA. ¡Como siempre!
ROMEO. ¡Gracias!.... ¡Muero feliz..... pues por tí muero!
(*Vuelve á caer.*)
JULIETA. ¡Oh, jamás! Aun á costa de mi sangre
te volveré á la vida.
ROMEO. Ya no es tiempo.....
Quise contigo dividir la tumba.....
y abrasa mis entrañas un veneno.
JULIETA. ¡Favor!
ROMEO. Calla, es inútil..... Turbarian
el placer inefable..... que ahora siento.....
Ven á mi lado.....
JULIETA. ¡Oh Dios!
ROMEO. Dame tu mano.....
Así..... Cuando consagres un recuerdo
al amor que te tuve..... no le culpes
del mal que te ocasiona.....
JULIETA. ¡Oh, qué tormento!
ROMEO El destino en un sér nuestros dos séres
quiso fundir... . los hombres lo impidieron.....
Hacian bien..... Mi amor no es de la tierra.....
necesita.... el espacio de los cielos!
JULIETA. ¡Quiero seguir tu suerte!
ROMEO. No te apartes....:

Mi vista se confunde..... no te veo.....
Acércate..... Julieta.....

JULIETA. ¡Esposo mio!

ROMEO. ¡Adios!.... Te adoro..... ¡Adios!.... (*Muere.*)

JULIETA. ¡Y al fin le pierdo!

FR. LOR. (*Dentro.*)
¡Por aquí, por aquí! Seguidme todos.

JULIETA. (*Levantándose.*)
Llegan..... Van á estorbar que mis deseos
se cumplan: esta daga me socorra.
(*Cogiendo la de Romeo.*)
¡Prenda querida, compasivo acero,
busca en mi corazon la amada imágen
de quien tu dueño fué, y aún es mi dueño!
(*Se hiere y cae junto á Romeo.*)

ESCENA ÚLTIMA.

Capuleto, Fr. Lorenzo, el Príncipe, Baltasar.—Acompañamiento.

FR. LOR. Venid, aquí quedaron. Aún pudiera
á Julieta salvarse. (*Viendo los cadáveres.*)
¡Ah, no! ¡Teneos!

BALT. ¡Qué horror!

PRÍNC. ¡Triste espectáculo!

CAP. ¡Hija mia!
¿Era poco una vez, que dos te pierdo!

FR. LOR. Capuletos..... Montescos, lo quisísteis.
¿Están ya vuestros ódios satisfechos?
(*Cae el telon.*)

FIN DEL DRAMA.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de la *Viuda é hijos de Cuesta,* calle de Carretas; de *D. Alfonso Durán,* Carrera de San Jerónimo; de *D. Leocadio Lopez,* calle del Cármen; de los *Hijos de Fé,* calle de Jacometrezo, 44, y de *Murillo,* calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.